

# LA TIGRESA



# Y EL ESCORPIÓN

*Por Aertes*

Rómulus IV y Remus. Dos mundos bajo control imperial sin ninguna conexión entre sí. Ambos distantes y con modos de vida distintos. Rómulus IV era un mundo aristocrático, mientras que en Remus los combates gladiatoriales eran un modo de vida. Sin embargo, cuando una rebelión en Rómulus IV forzó la intervención de la guardia imperial remusiana y de los Ángeles Sangrientos, ambos nombres quedarían para siempre unidos y plasmados en los anales históricos del capítulo de los hijos de Sanguinius.

Rómulus y Remus Devine, los divinos Rómulus y Remus. Ellos eran romulianos de nacimiento; pero fueron acogidos por los Ángeles Sangrientos para convertirse en marines espaciales, los paladines de la humanidad.

Rómulus, capitán Rómulus en realidad, estaba ahora al mando de toda una compañía de Ángeles Sangrientos, la 6ª Compañía. Su ascenso desde el grado de sargento estaba marcado por una serie de desafortunadas casualidades. Cuando el capitán Maneo cayó en combate ante los eldars, el anterior oficial al mando de la compañía, Aertes Dragmatio, le eligió por sus dotes de mando para ser su mano derecha. Cuando Aertes desapareció durante los conflictos mineros de Malevant II, nuevamente fue a Rómulus a quien se eligió para suplirle.

A su jovencísima edad Rómulus era ya responsable de toda una compañía, un peso que soportaba con enorme orgullo y gran habilidad. Como segundo al mando de Aertes había sido un buen oficial, pero cuando asumió el mando de la 6ª sus dotes se potenciaron de tal modo que nadie encontró explicación. De repente era capaz de diseñar estrategias perfectas en muy poco tiempo y mostraba una seguridad que a su edad faltaba en muchos sargentos y suboficiales.

Bien poco podían imaginar que no era sólo su lealtad al Emperador y la memoria de Sanguinius lo que enardecía su alma para la batalla. En su corazón había alguien más, cuya presencia era todo lo que Rómulus necesitaba, toda la inspiración y el valor que podían faltarle los encontraba en la memoria de ella, y en la esperanza de volverla a ver. Mau, del capítulo de los Tigres Nevados. Una marine espacial a quien conoció poco después de su ascenso a capitán. Luchó contra ella en una ocasión y desde entonces luchaba siempre por ella en cada campaña, por volver a ver sus ojos azules de tigresa.

Remus, por el contrario, nunca se sintió atraído por la posición de los oficiales. Tanto él como su hermano habían servido en la misma escuadra como exploradores, pero cuando fueron iniciados en el capítulo como marines les separaron: Rómulus fue asignado a una escuadra de asalto en la pronto llegó a ser el sargento y Remus sirvió como marine devastador.

Desde entonces Remus seguía siendo marine raso. Manejaba todo tipo de armas pesadas mejor que ningún otro miembro de la 6ª Compañía y había recibido varias veces el galardón al mejor tirador. Habiendo rechazado todos los ascensos que se le habían propuesto, Remus era consciente de que no compartía la inteligencia de su hermano. Su pasión era para con Sanguinius y el Emperador; sólo anhelaba servir al capítulo haciendo lo que mejor sabía, y lo hacía mejor que nadie.

- ¡Moveos!, ¡vamos, avanzad!. ¡El enemigo está ahí delante!.

La base de operaciones de los Ángeles Sangrientos era realmente digna de ver. Erigida en su exterior con mármol de sangre importado de las montañas de Baal, con larguísimas hileras de columnas que decoran sus soportales y enormes torres y estructuras emergiendo aquí y allá.

- ¡Vamos, si esto fuera una batalla real habríais muerto treinta veces cada uno!.  
¡Movéos!, ¡más deprisa!.

No lejos de allí podía verse mucha actividad.

Numerosos vehículos blindados de color rojo y cargados de emblemas avanzaban y giraban, apuntaban y disparaban contra inertes blancos lanzando el eco de sus detonaciones sobre las montañas bajo el cielo púrpura del anochecer.

Innumerables escuadras de marines ensayaban maniobras y practicaban puntería y combate cuerpo a cuerpo para prepararse a los horrores que les aguardarían durante el resto de sus vidas al servicio del Emperador y la Humanidad.

- ¡Eso es! ¿Oís los disparos o tengo que apuntar más cerca de vuestras cabezas de Grox?.

Sobre una torre de observación construida en duro plastocemento gris, el capitán Rómulus observaba las evoluciones de un grupo de neófitos en armadura de caparazón a medida que los veteranos sargentos les instruían. Transmitía sus órdenes a voces, las cuales eran repetidas por los instructores en un lenguaje mucho menos selecto que el que él empleaba.

El capitán estaba solo bajo el techo de la torre. Aún no había nombrado a su segundo al mando y por alguna razón no se sentía obligado a ello. Se encontraba en la base de operaciones Sangre de Sanguinius CXII, en un remoto sistema escasamente habitado que los Ángeles Sangrientos empleaban como campo de maniobras para sus naves estelares.

Rómulus se había esforzado en olvidar el nombre del mundo en el que se encontraban. No soportaba tener que permanecer allí por orden del Señor del Capítulo Dante a causa de las acusaciones que el gran inquisidor Nagash le había lanzado a él y a la 6ª Compañía.

Los exploradores de allá abajo respondían perfectamente al entrenamiento. Las pistas de plastocemento plagadas de obstáculos de arquitecturas irrealistas no suponían ningún impedimento a su avance, como debía ser.

De vez en cuando, alguno de los sargentos tomaba un bólter o una escopeta y empezaba a disparar sobre ellos sin previo aviso para ver su reacción. Aparte de abrir agujeros las pistas, no conseguían otra cosa con ello. Algunos de los neófitos incluso sonarían cada vez que un proyectil impactaba cerca.

- ¡Sargento Crasso! –gritó Rómulus hacia un marine embutido como él en una servoarmadura roja que estaba justo bajo al sombra de su torre-. ¡Formad dos equipos con los neófitos y que hagan una demostración de cuerpo a cuerpo en la pista de los escombros!.
- ¡A vuestras órdenes, capitán! –fue la seca e instantánea respuesta -. ¡Ya lo habéis oído, todos a la pista de escombros!.

En aquel momento, los altavoces instalados en las altas columnas para iluminación nocturna gritaron un reclamo metálico.

*Capitán Rómulus Devine, presentaos en la capilla de operaciones 7.*

La llamada insistió varias veces, pero para cuando empezó la segunda repetición Rómulus ya había saltado por encima de la baranda. Cayó a plomo los siete metros de la

altura de la torre y terminó en el suelo con un pesado sonido de metal contra plastocemento.

- Continúad, sargento –dijo a Crasso antes de encaminarse hacia la fortaleza.

El interior era muy diferente al aspecto ancestral que ofrecía el mármol de sangre de fuera. Los pasillos de oscuro rococemento sustituían al rojo excepto en las capillas y salas de operaciones. Cuando llegó a su destino, unas pesadas compuertas metálicas abrieron sus fauces para permitirle entrar.

Lo primero que saltaba a la vista en aquella capilla era una efigie en oro macizo del hermano-capitán Tycho presidiendo la sala, quien cosechó grandes victorias contra los orkos al mando de la 2º Compañía hasta que encontró su desafortunado fin en Armageddon.

Lo segundo fue el propio Señor del Capítulo Dante. Estaba allí, aunque no del todo. Se trataba de una imagen holográfica proyectada por el sistema de comunicaciones interfásico; el verdadero Dante estaba en la fortaleza-monasterio del capítulo, en Baal, observándole a través de su doble proyectado. Su extraordinaria servoarmadura artesanal, que imitaba la del propio Sanguinius, parpadeaba de vez en cuando.

Dante era más alto que Rómulus, pero sus facciones eran no menos suaves y juveniles a pesar de tener ya un milenio y un siglo a sus espaldas. Su cabello rubio, corto y dorado, se ensortijaba en su cabeza como en las estatuas de querubines angelicales que podían verse en cada rincón de aquella sala.

- Ah, capitán Rómulus. Habéis sido rápido –le dijo uno de los numerosos sirvientes saludándole con un asentimiento.
- Tomé un atajo –afirmó Rómulus devolviendo el saludo hacia la holoimagen de Dante-. Mi señor...
- Saludos, Capitán –Dante era mucho más seco y su voz no provenía de la boca de la imagen, sino del altavoz de una de las consolas.

En el resto de la amplia sala con aspecto de catedral en miniatura los sirvientes siguieron atendiendo sus quehaceres en los cogitadores y consolas distribuidos por la pared. Rómulus se acercó al grupo formado por Dante y tres servidores más en el centro de la sala junto a una enorme mesa de holomapas y transmisiones.

El sirviente más alto, el que le había hablado, fue el primero en informar: - Capitán, acabamos de recibir esta transmisión desde el sistema Nelo. Como bien sabéis ese sistema no está lejos, en términos estelares, de nuestra base de operaciones. Está codificado como solicitud de apoyo inmediato por parte de marines espaciales, pero el emisor no sigue las pautas estándar del Codex Astartes.

- Tampoco nosotros lo hacemos –puntualizó Rómulus.
- Lo sé, no es vuestra sabiduría en ese campo lo que nos ha impulsado a reclamaros, capitán. Escuchad.

El sirviente pulsó unas runas y sobre la mesa de cristal apareció una pantalla holográfica. Sólo mostraba una representación visual de un osciloscopio de reconocimiento de voz: apenas una línea verde sobre fondo negro que se alteraba con los sonidos del mensaje.

*¡Este es un mensaje para el capitán Rómulus Devine de los Ángeles Sangrientos!.  
¡Capitán, marine Nekoi de los Tigres Nevados al habla!. ¡Necesitamos refuerzos lo  
antes posible en el mundo industrial de Cralti V!. ¡Las fuerzas del Caos nos han  
rodeado y han aislado a muchas de nuestras fuerzas por todo el sector Gamma-14!.  
¡Karakal y toda su escuadra, repito: toda su escuadra, se dan por desaparecidos!...  
¡Necesitamos su ayuda!. ¡Nekoi fuera!.*

- Confío en que comprendáis nuestra sorpresa, Capitán –dijo el falso Dante cruzándose de brazos-. No tenemos trato alguno con el capítulo de los Tigres Nevados. Yo mismo ignoraba su existencia hasta hace unos minutos. Sin embargo quien ha enviado este mensaje se ha dirigido expresamente a vos; su dialecto de batalla dista bastante del habitual; y corregidme si me equivoco pero esa era una voz femenina. Nos gustaría que nos concediérais oír alguna explicación.
- Hemos analizado la transmisión –intervino el sirviente- y no hay duda: quien habla es una mujer y, sin embargo, afirma ser un marine espacial.

Dante no obtuvo respuesta del capitán.

Rómulus había quedado congelado mirando la imagen osciloscópica, que ahora estaba fija y parpadeante. Nekoi le había querido decir algo muy concreto: Karakal y toda su escuadra desaparecida... “Mau”, se dijo en su mente, “Mau... desaparecida”.

- Capitán...
- ...
- ¡Capitán!
- ¡Señor, la 6ª Compañía solicita permiso para partir de inmediato en misión de rescate!
- No tan deprisa. Antes queremos saber quienes son los Tigres Nevados y cómo es que parecen conoceros lo suficiente como para ignorar los protocolos estándar de comunicación.
- ¡No tenemos tiempo para esto, mi señor!
- ¡Yo decidiré el tiempo de que disponemos, Rómulus!. ¡Ya le habéis costado al capítulo un enfrentamiento con la inquisición!, ¡no penséis que os permitiremos salir de esa base sin estar al tanto de todos los detalles!

Rómulus suspiró molesto. Sus siguientes palabras brotaron rápidas e insípidas: - Los Tigres Nevados son un capítulo de marines espaciales leales, señor. Su mundo natal está en Tigrít IV, un planeta clase salvaje muy parecido al mundo de Fenris. Su patrón progenogenético y los implantes de biomaquinaria que emplean muestran mucha mayor compatibilidad con el metabolismo femenino humano que con el masculino; lo cual, unido al patrón fuertemente matriarcal de sus sociedades tribales, provoca que la gran mayoría de los marines del capítulo sean mujeres.

Los tres sirvientes se miraron entre sí en silencio antes de empezar a cuchichear por lo bajo. Dante arqueó una ceja de oro en gesto de sospecha ante la rápida exposición de Rómulus acerca de un capítulo del cual él mismo no había tenido noticias en sus mil cien años de vida. Obviando muchas preguntas sin importancia que acudieron a su mente, el Señor del Capítulo saltó a la siguiente cuestión que consideraba importante: - ¿Habéis tratado con anterioridad con astartes de ese capítulo?.

- Así es, mi señor –a Rómulus le estaba devorando la impaciencia, pero Dante no aceleró su tono por ello-. Quien transmite el mensaje es una conocida mía.
- ¿Podemos saber en qué circunstancia?.
- Durante una de mis semanas de permiso, señor, coincidí con algunos miembros de los Tigres en el mundo de recreo de Galatan, en el sector...
- Sé dónde se encuentra Galatan. ¿Os acompañaba algún otro Ángel Sangriento durante ese encuentro?.
- Sí, señor. Mi her... el marine devastador Remus estuvo conmigo. Precisamente el marine Remus solicitó un traspaso temporal al capítulo de los Tigres que le fue concedido y a su vuelta entregó un informe en el que relataba las semanas que pasó aprendiendo sus modos de batalla. Si me permitís la sugerencia, consultar dicho informe será más clarificador para vos.

- ¿Informe?. No recuerdo informe alguno a este respecto.

Dante se volvió hacia alguien detrás de él, dirigiéndose a los siervos que debían de acompañarle en Baal.

- Eh... quizá se extravió en el Librarium, mi señor –se oyó por el altavoz-. Haré que lo lleven a vuestros aposentos en seguida.
- Eso espero –Dante cerró un puño irritado antes de volverse hacia los presentes.
- Mi señor... –Rómulus imprimió más impaciencia a su voz.
- De acuerdo, capitán Rómulus. Tenéis permiso para acudir a esa señal de socorro. Pero os ordeno extremar la cautela. La 6º Compañía ha perdido a demasiados buenos oficiales en poco tiempo.

Dante rodeó la holomesa y posó una enérgica mano en la hombrera de Rómulus en un gesto paternal como solía hacer Aertes. La mano holográfica era completamente intangible, pero Rómulus pudo sentir la emotividad del gesto. – No podemos permitirnos perder a ningún buen oficial más.

- Cumpliré vuestra orden, mi señor –Rómulus le devolvió la mirada desde abajo con una sombra de satisfacción y orgullo.

Las compuertas de la armería parecieron abrirse con más furia de lo normal. El marine que entró podría ser perfectamente confundido con el capitán Rómulus. Sus jóvenes rasgos eran idénticos a los de él; ojos azules y cabello muy corto y rizado, pero el casco azul que colgaba de su cinto y sus hombreras desprovistas de galones le delataban como el devastador Remus, su hermano gemelo.

El enorme complejo de la armería tenía el aspecto de un arcanomuseo. El techo se elevaba más de cincuenta metros y las paredes no eran sino una vitrina de cristal tras otra que contenían las reverenciadas armas de los Ángeles Sangrientos. La 6º Compañía casi al completo se encontraba allí preparando sus armas y equipos en una bullente actividad. Los bólteres eran configurados y comprobados, las espadas sierra engrasadas, los generadores dorsales limpiados, todo bajo la perenne mirada de los sargentos.

Remus pasó a rápidas zancadas a la sección de armas pesadas y abrió su taquilla. Cogió un kit de reparaciones de emergencia para armas y algo envuelto en un paño de seda blanca. Acto seguido se presentó ante uno de los servidores de suministros que pululaban por allí y pidió su bólter pesado, su fiel compañero de batalla.

Remus sentía una mezcolanza de emociones que apartó de su mente para concentrarse en su tarea. Alzó el objeto y retiró el suave envoltorio para evocar los recuerdos de su mente. Era un colmillo de tisar del largo de un antebrazo cuya superficie había sido tallada con la escritura rúnica de Tigrít IV. Remus no podía leer los signos pero le habían dicho su significado. Los Tigres le obsequiaron con aquel trofeo en memoria de su servicio con ellos y el devastador lo conservaba como un tesoro. En el extremo más ancho se había colocado una placa y una cadena, de modo que pudo colgar el gran colmillo de su bólter pesado con facilidad. Siempre había creído que un Ángel Sangriento había de ser un humilde y fiel servidor del Imperio. Era por ello que seguía fiel a su bólter pesado aunque era ya casi tan veterano como su propio sargento. Le bastaba saber que estaba cumpliendo con su deber y que servía al capítulo haciendo lo que mejor sabía. Los ascensos no significaban mucho para él, pues era consciente de que no gozaba de las dotes de mando de Rómulus.

Ya equipado y armado, Remus formó junto a sus compañeros de escuadra ante el sargento devastador Dálcabo para revista.

Dálcabo confiaba plenamente en ellos; eran los cuatro mejores artilleros de la compañía. Tras una rápida comprobación de cada uno en la que pasó por alto el adorno que colgaba del arma de Remus, el sargento ordenó marchar hacia los hangares.

Dos Thunderhawk estaban ya dispuestas para salir a la agonizante luz del crepúsculo. Estaban en las pistas de despegue, fuera de los enormes hangares, con las fauces mecánicas abiertas hacia los mismos para permitir el inminente embarco.

Las tropas disponibles de la 6ª Compañía empezaron a formar ante ellas. La escuadra táctica Méranis fue la primera en abandonar la sombra del hangar. Eran diez hombres, dos de ellos equipados con un rifle de plasma y un cañón láser. El sargento Méranis llevaba su espada sierra de precisión incrustada en oro.

Tras ellos, dos escuadras de exploradores hicieron su aparición con sus armaduras ya camufladas con tonos grises y azules para la urbe. Al mando de una de ellas, el sargento Karpla seguido por sus neófitos equipados para el asalto y corto alcance con sus escopetas y pistolas bólter. Al lado de éstos, la escuadra Malenko portando rifles de rancotirador, bólteres y un largo cañón automático que era llevado por un único hombre.

La escuadra Crasso venía inmediatamente detrás de éstos, seguida por un chirriante y anciano Razorback en cuyo frontal podía leerse *Puño de Marfil*. La torreta posterior, aún del modelo Tarántula que había de ser operado por un artillero, estaba armada con dos bólteres pesados paralelos.

Los galardonados exterminadores del sargento Marcus llegaron después encabezados por el bibliotecario Virgilio Wolgiston. Los devastadores de Dálcabo no tardaron en aparecer tras ellos.

Poco después vino el gran sarcófago caminante del Dreadnought Fulventos. Fulventos había sido un prestigioso sargento devastador hasta que cayó ante las fuerzas orkas del caudillo Rorkrat. Ahora podía emplear su cañón de plasma para seguir propiciando apoyo pesado a sus compañeros y hermanos.

El último fue el capellán Sagos Tempestos, que hizo una aparición subido de rodillas al techo de un Rhino negro como la noche, el Nefasturris. El Rhino estaba decorado con multitud de incensarios colgando por sus laterales y pergaminos y sellos que rezaban la muerte para todos los enemigos del Emperador. Para la mayoría de los Ángeles Sangrientos de la 6ª Compañía, el único terror de sus vidas era tener que marchar a la batalla a bordo del Nefasturris. En el interior de éste, cuatro marines estaban arrodillados, encadenados a las paredes como de catedral del habitáculo de pasajeros a la luz de un permanente foco rojo.

Rómulus no estaba cerca de allí. Estaba a más de un centenar de metros de las naves, en el oscuro desierto, mirando al horizonte. Acariciaba un mechón trenzado de cabello gris. Era de Mau; ella misma se lo regaló. Mientras la compañía terminaba de reunirse, al capitán le vino a la mente la primera vez que se encontró con los Tigres Nevados.

Cuando Aertes desapareció, Rómulus y Remus decidieron visitar Galatan. Allí fue donde conoció a Mau, su tigresa. Si bien el amor estaba prohibido para un Ángel Sangriento, mucho más grave era el amor hacia otro marine espacial. La primera vez que la vio quedó perplejo por su belleza infantil. Ojos azules con pupila de aguja; suave cabello gris; y aquella cola biónica de su armadura que la daba aquel aspecto tan encantador, aunque su verdadera función fuera equilibrar su cuerpo en aquellos movientos tan rápidos y arriesgados que a ella le encantaba realizar.

Podía recordarlo con toda perfección. Primero sus miradas se cruzaron. Se acercó a ella sólo para rescatarla de la soledad, pero pronto estuvieron charlando alegremente. Luego, por algún motivo que ya no recordaba, empezaron a pelear; una lucha que no fue sino un divertido juego entre cazadores, entre depredadores. Tigresa y escorpión danzando en el peligroso baile del combate hasta que sus labios quedaron unidos. Poco después apareció Karakal, el oficial superior de Mau y del resto de Tigres Nevados que habían

acudido al bar en busca de diversión y paz. Karakal, el Tigre de Fuego, venía para llevárselas de nuevo al combate sin dejarlas disfrutar del permiso impuesto por el Codex Astartes. Rómulus luchó contra él apostándose un permiso completo de una semana para Mau y las demás Tigresas. Tras el combate, todo lo que quedaba de Rómulus era un despojo herido, agotado, aunque victorioso. Aquel fue el combate más doloroso de toda su vida, y nunca se arrepentirá de haberlo librado.

Oyó pasos tras él. Pasos firmes y seguros que hacían crujir la arena.

- Capitán Rómulus, la 6ª Compañía está formada y a la espera –dijo la voz del bibliotecario Virgilio.
- Inicien el embarque. Iré en unos segundos.

Mientras el bibliotecario se alejaba, Rómulus apretó la trenza con los dedos.

“Voy en tu busca, amor mío. Juro, por mi sangre, que te encontraré”.

Bombardeado por las luces intermitentes de los indicadores, Rómulus se sentó en uno de los lugares reservados para oficiales de la segunda Thunderhawk, justo detrás de los pilotos. A su lado Virgilio estaba como durmiendo, con la cabeza baja casi asomando fuera de la cúpula blindada de su capucha psíquica. Por detrás de él, la escuadra Crasso y la escuadra Dálcabo se habían acomodado en la sección de pasajeros. Por debajo de los pilotos, el Razorback Puño de Marfil y el hermano-Dreadnought Fulventos reposaban en el compartimento de carga.

Virgilio sonrió para segundos después alzar la cabeza y abrir los ojos como si despertara. – El neófito Caronte nos desea buena suerte desde el Librarium de la base, capitán –dijo sin volver la vista.

Rómulus bufó una risita. - ¿Cómo van sus progresos? –preguntó.

- Es un niño muy dotado. Con el adecuado entrenamiento será un poderoso Ángel Sangriento. Una vez sea llevado a Baal para su iniciación, no creo que tarde mucho en superar el rango de semántico.
- Capitán Rómulus –llamó el piloto por el intercomunicador a pesar de encontrarse a apenas dos metros de él-. Tenemos permiso para despegar.
- Adelante –ordenó escuetamente el aludido.

Las dos cañoneras efectuaron simultáneamente la ignición de sus motores principales lanzando chorros de ondulante aire hipercalentado sobre la pista de despegue. Se elevaron verticalmente como pesados buitres para después iniciar un rápido vuelo como dos puntos centelleantes hacia el crucero de combate que les llevaría a Cralti V.

Dante se encontraba en la sala de comunicaciones principal de la fortaleza-monasterio. El Señor del Capítulo percibía algo inquietante en torno a aquel asunto. Durante las revueltas mineras de Malevant II, que costaron la desaparición del Comandante Aertes, Rómulus provocó que el gran inquisidor Nagash solicitara una investigación en el capítulo en busca de un supuesto psíquico no autorizado.

Tal vez fuera un recelo instintivo hacia el joven capitán, o el sorprendente descubrimiento que había supuesto saber que existían mujeres marines, pero algo no estaba bien.



## CRALTI V

La noche se cernía sobre los ruinosos monumentos al Imperio, sobre aquellos que aún tenían fé, fé que sin duda no les ayudaría a seguir vivos para ver un nuevo amanecer. Entre las ruinas se oyeron dos cortos silbidos, como el melódico canto de un ave al morir al que le respondieron dos golpes en una tubería abierta y desgarrada. Nekoi asomó su cuerpo lentamente entre las sombras hacia un torrente de luz de la luna del mortecino planeta, a su lado Ocelot caminaba sigilosamente. Atravesaron la fuente de luz como dos gatos en la media noche y se agazaparon tras un vehículo carbonizado. Un par de gestos con la mano sirvieron para que Nekoi hiciera entender a su compañero el siguiente paso a dar. Ocelot se adelantó dos, tres, cuatro pasos hasta situarse detrás de un muro semiderruido que le ofrecía un buen escondite. Sus enemigos andaban cerca, podía sentirlo en su fino olfato, sentía el hedor de la muerte en sus fosas nasales hasta casi sentir una arcada. Aguantó un momento la respiración para calmarse y después siguió su camino.

Nekoi se deslizó detrás de su compañero, paso a paso, alerta a cualquier movimiento en las sombras de terciopelo muerto. En unos minutos se hallaban en el alzado de un montículo de ruinas desmenuzadas por el paso de vehículos pesados. Estaban tumbados observando desde la línea de visión que les ofrecía su posición privilegiada. Por delante de ellos se extendía lo que parecía ser una zona de reagrupamiento de las fuerzas del Caos. Algunos Sentinels de las fuerzas de adoradores estaban desocupados, colocados en hilera a la espera de órdenes mientras sus repugnantes pilotos se reunían en torno a las hogueras. Algo más allá pudieron ver una escuadra de marines de plaga, criaturas carcomidas cuya putrefacción y decaimiento parecía haberse propagado a sus armaduras oxidadas y cubiertas de limo. Estaban junto a un Rhino que enarbolaba un cadáver crucificado sobre el techo a modo de estandarte.

- Estan muy confiados o es una trampa... –susurró Ocelot.
- Estan muy confiados, mirales... completamente relajados... si fuera una trampa no se moverían con tanta calma –le contestó su compañera felina.
- Bien... yo me encargo del Rhino y tu de los Sentinels. –comentó Ocelot sin quitar vista del campamento enemigo que se hallaba por debajo de ellos.
- ¡A ti siempre te toca lo más fácil! –protestó malhumorada Nekoi.
- Se siente, yo escogí primero –sonrió de oreja a oreja Ocelot poniéndose en pie agachado.

Deslizándose entre las cochambrosas ruinas, los dos tigrinos se separaron. Ocelot caminó con pies de plomo, sin un mero ruido que le delatase, hasta el Rhino y su compañera felina hacia los desprotegidos Sentinels. La joven Tigresa se deslizó por debajo de cada bípode y sacó un par de extraños artilugios rectangulares con un contador, que colocó y puso a dos minutos en cada uno, luego se retiró veloz en dirección contraria a la que había venido. Ocelot por su parte logró evitar la guardia de marines y deslizarse a la parte trasera del Rhino. Allí abajo apestaba de verdad, de modo que aguantó la respiración mientras instalaba tres cajas rectangulares en la zona de la panza del vehículo y la configuraba a dos minutos. Una de las abundantes grietas supuró un gran grumo gelatinoso que fue a caer a pocos centímetros de la cabeza de Ocelot haciéndole gesticular una maldición. Cuando salió de debajo del Rhino, corrió a reunirse con su compañera.

Pasó un minuto de calma. Ocelot y Nekoi se pusieron a cubierto.

Pasaron los dos minutos. Las cajas instaladas en los vehículos estallaron en un mar de fuego que convirtió la noche en día por breves instantes mientras Ocelot y Nekoi

ahogaban sus risitas por haber dado tan duro golpe a su enemigo. Casi la mitad de los marines de plaga fueron devorados por la tremenda explosión del Rhino.

Antes de que el enemigo supiera que había pasado se oyó un rugido estremecedor por encima del montículo donde había estado observando los dos Tisarinos. Cinco motos de flamante color blanco, que a la luna se reflejaba con un aura de fantasmagórica presencia se alzaron en el cielo a plena potencia. La escuadra Cheeta había llegado. Se abalanzaron sobre sus indefensas y confusas presas devorándolas al son del rugido de los Bolter y de las espadas sierra desgarrando cabezas y cuerpos decadentes. Una de las Tigresas en su emoción se llevó a dos de sus enemigos por delante con un grito de guerra y euforismo.

Dos minutos después no quedaba nada salvo llamas incoherentes desperdigadas por el claro que fue el campamento de sus podridos enemigos, quienes no habían tenido una sola oportunidad de hacer nada.

De la moto principal, que mostraba una elegante cola biónica, se desmontó una joven de ojos verdes y cabello rubio, aquella de quien su escuadra había adquirido el nombre, Cheeta, la Señora de los Guepardos. Un par de ordenes al aire y el claro fue asegurado. Cheeta avanzó hasta Ocelot y Nekoi, su rostro estaba medio tapado por un manto azul de rayas blancas sujetado por cuero chapado a su armadura.

- Buen trabajo, chicos –susurró-, estoy orgullosa de vosotros, los Tigres vamos ganando terreno.
- Pero... hemos perdido contacto con Karakal y los Tisarinos –susurró apenado Ocelot, este muchacho era uno de los pocos que había en todo el capítulo y su inocencia era notable.

Demasiado notable.

Cheeta asintió –Hemos recibido un mensaje de los Ángeles sangrientos, vendrán a aportarnos su inestimable ayuda. Buen trabajo, Nekoi –saludo marcialmente y se marchó hacia su moto.

- Solo cabe esperar... –suspiró Nekoi.

La joven Nekoi se sentó en una roca a descansar del ajetreado día-noche que habían tenido. Desde que llegaron al planeta no habían tenido ni un momento de descanso bajo el asedio continuo de las tropas de Nurgle. Parecía que todo avance era inútil y que nunca lograrían ganar esa batalla, sin embargo no perdían la esperanza. Las Damas de las Nieves con sus Tisares se encargaban de ello, de alentarles a seguir, a no perecer como no perecen las flores de las nieves que crecen en su patria. La flor de hielo... una flor que crecía en las tormentas de nieve, que se convertía en cristal y que se decía que si se sumergía en un cuenco de agua helada mostraba a quien deseabas ver... Nekoi deseaba tener esa flor en esos momentos... para saber como estaba Mau. Como estaba y donde estaba... aunque también le gustaría poder ver a alguien que había picado la curiosidad del corazón de la joven.

Ese muchacho, que estuvo una temporada con ellas, luchando codo con codo... nunca había llegado a hablar con él... solo le observaba en sombras. Tenía miedo de que fuera rechazada y además... no quería meterle en problemas... como lo estaban ya Romulus y Mau por la extraña relación que tenían. O Panter y ese lobo del que se había quedado prendada y del que todo el día hablaba. Echaba de menos el Bar del Lobo y a Remus... no podía evitarlo, no sabía que le pasaba.

Ocelot caminó entre las ruinas, pateando alguna que otra roca pensativo. Se sentía cada vez más solo, pero no debería serlo.. echaba de menos las juergas y los juegos de

entrenamiento con sus hermanos neófitos.. había conocido algun chico que otro que no estaba nada mal... pero ya se sabe... como Ocelot había pocos... por no decir... ninguno.

## CAPTURADOS

La luna era la única fuente de luz en aquella noche de nubes bajas y un montañoso mar de escombros y edificios derruidos eran lo único que iluminaba.

Las interminables ciudades del sector Gamma-14 habían quedado reducidas a la nada como por la mano de un dios enfurecido. Chorros de fuego, agua y gas escapaban de las conducciones subterráneas destruidas. La mayoría de los edificios que quedaban en pie habían sido reducidos a su mero esqueleto y el horrible olor a putrefacción inundaba por completo aquel lugar.

En lo que había sido una gran plaza, una multitud estaba reunida en torno a una estatua de verdoso cobre oxidado. Era la efigie indigna de un marine del Caos, la imagen del líder de los seguidores de Nurgle que habían assolado todo el sector, y que pronto se disponían a extender la peste y la enfermedad por todo el planeta.

La estatua estaba erguida en toda su altura. Una de sus manos sostenía un alto báculo y la otra agarraba majestuosa la capa que colgaba tras él. En el pedestal alguien había escrito “NEPHAUSTO EL NO SEDIENTO” con una pringosa sustancia de aspecto desagradable.

Los adoradores arrodillados alrededor de la imagen vestían largos faldones negros. Llevaban el torso al descubierto, mostrando una piel pálida que recubría una impresionante y corpulenta musculatura nada propia del aspecto enfermizo de aquella gente.

Cerca de allí media cara asomó por detrás de lo que había sido una esquina. Era un rostro curtido y duro, enmarcado por una barba y una melena rojas como el fuego. Karakal el Tigre de Fuego, que así se le conocía, hizo un gesto a los otros cuatro marines de los Tigres Nevados que estaban ocultos a la vista por detrás de él, indicándoles que se retiraran.

Moviendo su servoarmadura con antinatural sigilo, el Tigre de Fuego se reunió con su escuadra, de la que él era el único varón. – Son demasiados –explicó en susurros-. Están ahí, admirando como borregos una estatua del cabecilla de los marines de plaga.

¡Podríamos barrerlos como la hierba... si pudiéramos pedir refuerzos!.

- Están justo en medio de nuestro camino, sargento –apuntó una de las Tigresas-. Según las últimas informaciones, antes de perder contacto, debemos ir en esa dirección para encontrarnos con los demás.

La escuadra de Karakal había sido una de las fuerzas de Tigres Nevados fragmentadas durante el primer enfrentamiento con los seguidores del Caos. Un ejército combinado de marines de plaga y adoradores atacó sin piedad a los marines tigrinos cuando aún no habían tenido tiempo de reorganizarse tras su aterrizaje en cápsulas de desembarco, dispersándoles por todo el sector. Ahora el ejército de los Tigres se habían convertido en un puñado de guerrilleros incomunicados entre sí que pugnaba por hacer el mayor daño posible al enemigo.

- ¡Vamos! –dijo Karakal-. ¡Hay que alejarse de aquí antes de que terminen sus rezos heréticos y se dispersen, o nos encontrarán!.
- ¡Que nos encuentren! –farfulló otra de las Tigresas restregando sus garras unas contra otras-. ¡Estamos preparadas!.
- ¡Magnífico, Dharr! –le reprendió irónico el Tigre de Fuego-, ¡Cinco de nosotros contra unos sesenta de ellos!. ¿Lo has olvidado?, ¡tu vida pertenece al Imperio, no puedes desperdiciarla como te plazca!. ¡Cállate y obedece!.

La escuadra rodeó la plaza por el perímetro exterior, siempre manteniéndose fuera de la vista. Se movían como albos fantasmas. Ni un ruido de más, ni un movimiento de menos. Cada paso era dado con cautela y sigilo inconscientes, fruto del efectivo adoctrinamiento y el instinto depredador inculcado por la hélice Felis.

Justo por detrás de Karakal, Mau avanzaba casi a gatas con movimientos suaves; fluidos y rígidos al mismo tiempo. Sus azulados ojos ajustándose a los mínimos cambios de luz causados por las nubes en movimiento.

Desde el centro de la plaza, hasta ahora en silencio, les llegó un discurso.

- ¡Alabado sea por siempre Padre Nurgle!. ¡Y alabado sea por siempre su hijo Nephausto el No Sediento, pues él porta consigo la hermosura de la muerte!.
- ¡Alabado sea por siempre! –respondió la multitud al unísono.
- ¡Que sus enfermedades se extiendan por toda la galaxia, pues él es enviado por el propio padre de la enfermedad!. ¡Que él, quien en su humildad se mantiene incorrupto regalándonos a nosotros los dones de la putrefacción, sea por siempre protegido por Padre Nurgle!.
- ¡Alabado sea por siempre!.

El discurso prosiguió, siempre respondido por las mismas palabras. El hedor del ambiente se hizo perceptiblemente más fuerte y nauseabundo mientras aquellas blasfemias eran lanzadas al aire impunemente.

- ¡Me encantaría tener a ese Nephausto al alcance de mis garras –gruñó Mau para sí.
- ¡Silencio! –la hizo callar Karakal.

De repente hubo un estruendoso ruido por detrás de ellos dos. El último de los Tigres Nevados había pisado una piedra suelta y caía resbalando por una loma de escombros arrastando todos los cascotes a su paso. El orador de la plaza enmudeció, siendo sustituido por el murmullo de docenas de gargantas hablando entre sí.

Los Tigres quedaron inmóviles como estatuas, pero aún se oían caer pedazos de plastocemento.

Mau se asomó lo mínimo imprescindible para descubrir que un grupo de adoradores venían en su dirección a investigar. Les habían oído, y así se lo indicó a Karakal con otro gesto.

Seis hombres llegaron al lugar en el que antes estaban los marines, pero no vieron nada. Vistos de cerca, su aspecto era mucho más preocupante. Su piel estaba ajada y les faltaban pedazos aquí y allá que descubrían una carne blancuzca y compacta.

Deambularon unos momentos por allí buscando algún rastro de intrusos. Uno de ellos se encaminó hacia un enorme pilar de sustentación caído.

Desde detrás de su escondite, Mau pudo oír que unos pasos, acompañados por un aumento del olor, que se dirigían hacia ella. Apretó los puños, preparando sus Garras Tisarinas para atacar si fuera necesario.

El adorador se detuvo junto a la columna y miró en derredor sin encontrar nada alarmante. Acto seguido se asomó al otro lado del pilar. Segundos después su cuerpo decapitado se desplomaba hacia atrás.

El resto de adoradores se alarmaron al grito de “infieles”, pero lo único que fue escuchado por el resto de los congregados en la plaza fueron algunos disparos bólder.

- ¡Salgamos de aquí! –gritó Karakal sobre los restos de un hereje destripado por sus garras.

Los marines emprendieron una rauda carrera bajando por las cuestas de escombros a grandes saltos. Cuando los herejes les descubrieron, empezaron a dispararles con primitivas armas de proyectiles a la vez que les perseguían. Vociferaban histéricos y abrían fuego sin ton ni son, cegados por un fanatismo irracional.

- ¡Tenemos un problema, sargento! –gritó una de ellas a medida que los disparos silbaban e impactaban a su alrededor.

Acto seguido la Tigresa recibió un balazo en plena corva, atravesando la débil protección de la junta y haciéndola cojear un par de pasos antes de que su propia velocidad la hiciera caer.

Karakal se detuvo de inmediato a pesar de que ella gritaba que la dejaran allí. Sin un momento que perder se la cargó al hombro y siguió huyendo.

Los Tigres hicieron varios disparos hacia atrás sin dejar de correr, abatiendo a algún que otro adorador, pero la mayoría volvía a levantarse ignorando las grandes heridas abiertas en sus cuerpos purulentos.

Mirando al frente, Mau vio que otro contingente de adoradores les salía al paso.

Atradidos por el ruido de sus camaradas, los siervos de lo caótico de todos los alrededores les negaron la escapatoria en todos los ángulos. Estaban rodeados.

## ÁNGELES ALADOS

*Atención. Atención. Fuerzas de la 6ª Compañía, dispónganse para desembarco de emergencia en la superficie del planeta objetivo. Cápsulas de desembarco preparadas en las bahías de torpedos 4 y 5.*

Rómulus sintió el acelerón cuando el ataúd en forma de bala en el que había sido introducido abandonó el tubo lanzatorpedos del costado del crucero de ataque ligero en dirección a Cralti V. Una pantalla ocular proyectada directamente en su retina le mostró la trayectoria de su cápsula. El rumbo era perfecto, directos al sector Gamma-14. Nada más ponerse en órbita sobre el planeta, Rómulus intentó comunicar con las fuerzas de los Tigres Nevados, pero las nubes que ahora cubrían el sector Gamma-14 tenían alguna clase de carga electrostática que impedía toda transmisión de modo que, haciendo caso omiso del consejo del capitán de navío Olten, ordenó un asalto de emergencia en cápsulas de desembarco.

La ocupantalla cambió para mostrarle un perfil de la superficie del planeta y el enjambre de cápsulas que caían sobre ella. Hubo una violenta sacudida cuando se activaron los retropropulsores de deceleración.

El impacto era inminente.

Nekoi se aferró a la cintura de la motorista procurando no caerse a causa de los constantes traqueteos de la motocicleta rodando a gran velocidad por aquel campo de escombros y basura.

El escuadrón de motoristas Cheetah estaba huyendo de dos Rhinos enemigos que les habían sorprendido durante su errático avance por el sector en busca del resto de Tigres Nevados. Esta vez las emboscadas habían sido ellas.

Los transportes de tropas rodaban aplastando pedruscos y lazando ráfagas de combibólter. Cheetah y su escuadra lograban mantener la distancia con ellos, pero no estaba segura de por cuánto tiempo. La sargento llevaba a Ocelot agarrado a su generador dorsal. El chico se mostraba algo asustado, pero lograba controlarse.

Una de las motoristas se colocó junto a Nekoi y le lanzó su rifle de fusión con un mudo gesto para que lo empleara. Nekoi lo atrapó al vuelo, se soltó de su camarada y giró hacia atrás para apuntar.

El marine de plaga que se asomaba por la escotilla disparó de nuevo el combibólter del vehículo alcanzando de lleno a la motorista que le acababa de pasar el rifle de fusión. Apenas un aullido de dolor y la montura de metal detonó en una bola de combustible incendiado.

La explosión agitó la moto en la que estaba Nekoi. La moto se autoequilibró empleando la cola robótica que llevaba sobre la rueda trasera y Nekoi logró conservar el arma, pero lo que quedaba de su compañera fue aplastado bajo las orugas de uno de los Rhinos.

El escuadrón maniobró para rodear un enorme vehículo de transporte civil atravesado en el camino y entró en lo que parecía una antigua autopista. Los Rhinos pasaron a través del transporte abandonado aplastándolo y destruyéndolo con perceptible crueldad. En aquel terreno mucho más llano la persecución adquirió velocidad con el creciente zumbido de los motores.

Otra ráfaga trazó una línea de agujeros en el pavimento al lado de Nekoi, quien se volvió de nuevo en su asiento con el rifle de fusión preparado. Entornó los ojos ajustando su puntería a la velocidad y los continuos botes de la moto y apretó el gatillo.

Emitiendo un rugido como el de un reactor, el arma lanzó una onda de choque incolora y abrió un boquete fundido en el escudo anterior del Rhino más cercano.

- ¡Agárrate, Nekoi! –oyó.

El escuadrón de motoristas tuvo que esquivar un edificio que se había derruido sobre la carretera. La salvaje oscilación hizo bambolearse a Nekoi, a punto de caer del asiento. Cuando logró equilibrarse, vio cómo el agujero que acababa de producir se cubría de limo viscoso y cómo el blindaje se regeneraba. El vehículo no perdió velocidad; ni siquiera parecía haber sufrido daño alguno.

Los marines de plaga concentraron su fuego inmediatamente sobre la moto de Nekoi, conscientes de que portaba un arma capaz de dañar a los Rhinos.

- ¡Maniobra evasiva! –gritó ella a la motorista-. ¡Muévete, vamos!.

La motorista reaccionó de inmediato zigzagueando sin parar por todo el ancho de la carretera justo antes de que el fuego cruzado de ambos Rhinos convergiera en la posición que ocupaba momentos antes. Lograron convertirse en un blanco difícil, pero a causa de ello perdieron velocidad permitiendo a los vehículos acercarse peligrosamente. Ocelot se giró y advirtió la precaria situación de Nekoi y su camarada. Sin pensárselo dos veces tomó su pistola bólter. Tal y como le había enseñado Remus, apuntó un poco alto para bajar el punto de mira sobre su objetivo y, en el momento preciso, disparó. El proyectil voló como un rayo, alojándose en la cuenca ocular del marine de plaga de la derecha y reventándole el casco y la cabeza. El propio Ocelot se sorprendió de aquel soberbio disparo mirando su pistola con incredulidad.

El marine muerto fue empujado desde abajo hasta caer por el costado del Rhino y otro ocupó su lugar tras el combibólter del afuste. Durante el lapso en que el arma había dejado de disparar Nekoi tuvo tiempo suficiente de apuntar y disparar de nuevo. Ahora que se encontraban a mucha menor distancia el impacto del rifle de fusión fue devastador, atravesando completamente el blindaje frontal y el costado del otro transporte convirtiéndolo en una carcasa llena de metal fundido que giró sin control hasta volcar dando pesadas vueltas de campana y desparramando a los marines de plaga que iban en su interior por todo el suelo.

- ¡Sí, buen disparo, Nekoi! –le gritó Ocelot.

Nekoi sonrió sin volverse y accionó la recarga del rifle para aplicar el mismo tratamiento al segundo, pero antes de poder hacerlo el artillero disparó sobre ellas alzando a la motorista en una pierna.

La moto perdió el control e inició un peligroso giro cerrado a la derecha antes de que la cola volviera a enderezarla.

Nekoi no pudo sostener el arma, que escapó de sus manos hasta ir a parar bajo una de las orugas del tanque. – ¡Maldita sea...! ¿estás bien? –preguntó a voces.

- ¡Sólo es un rasguño! –respondió la motorista adquiriendo velocidad de nuevo-.

¡Destruyelos de una vez!.

- ¡No puedo, he perdido el arma!.

Sin nada más potente a mano, Nekoi empuñó su pistola bólter y la de la motorista y abrió fuego contra el marine que las disparaba. Por detrás de éste, pudo ver cómo el escotillón superior del Rhino se abría y cómo varios marines más se encaramaban al techo con sus roñosos bólteres preparados.

- ¡Hay que salir de aquí!, ¡hemos de ir más rápido!.

- ¡No puedo ir más rápido!.

Con dos marines a bordo, la motocicleta no podía aumentar las distancias a pesar de que ahora el terreno era mucho más propicio para la velocidad. Nekoi disparó una y otra vez obligando a los marines de plaga a permanecer a cubierto.



Uno de ellos se enderezó para disparar pero cuatro disparos le hicieron caer rodando del vehículo. Cuando sus siguientes disparos no produjeron más que sonoros *clics* indicando que había agotado los cargadores, la Tigresa Nevada no supo qué hacer. Dos marines más se irguieron encañonándolas. Casi pudo ver sus rostros de satisfacción a través de sus cascos deformados. Pero no sería aquella la ocasión en la que encontrara su fin Nekoi; lo supo cuando una ráfaga de bólter pesado llegó desde algún punto elevado abriendo a ambos enemigos como frutas putrefactas. Siguiendo la trayectoria de los proyectiles trazadores la Tigresa Nevada vio a una escuadra de marines espaciales devastadores apuntando sus armas pesadas. Lucían armaduras rojas como la sangre y cascos azules. El que llevaba el bólter pesado y el sargento de la escuadra dispararon de nuevo acertando con precisión quirúrgica a las tropas del compartimiento de carga del Rhino traidor a través del escotillón abierto.

- ¡Los Ángeles Sangrientos están aquí! –Ocelot señaló con su pistola bólter hacia la derecha, a lo alto de otra montaña de escombros.

Los otros tres devastadores apuntaron dos cañones láser y un lanzamisiles contra el vehículo enemigo haciéndolo reventar en mil pedazos con la mortífera potencia de sus impactos.

En consonancia con la deceleración de la sargento Cheetah, el escuadrón aminoró la marcha y se dirigió hacia los Sangrientos. El marine con bólter pesado se echó el arma al hombro, luego se quitó el casco y lo utilizó para saludar. Era Remus.

Las motocicletas salieron de la carretera para reunirse con los Sangrientos. Conforme se acercaban y rodeaban los obstáculos fueron descubriendo que en realidad se trataba de una enorme fuerza de combate, reunida en un terreno algo despejado.

Cheetah vio a un Dreadnought inmóvil a un lado del improvisado campamento. Varios marines de roja servoarmadura estaban revisando sus armas, que por el olor habían sido empleadas recientemente. Acercándose un poco más vio también algo que la alegró enormemente, pero su sereno rostro no se conmovió ni un ápice. Eran Tigres Nevados; estaban allí, entre los Sangrientos; los Ángeles debían de haberles encontrado y reunido. Detuvo la motocicleta y echó a andar hacia dos oficiales que les estaban esperando. Uno de ellos parecía un bibliotecario a juzgar por la capucha blindada y las marcas azules de su armadura. El otro llevaba galones de capitán en la hombrera. Haciendo gala de una disciplina y seriedad como pocas, se dirigió a él sin demostrar la alegría que le causaba verles.

Rómulus esperó junto a Virgilio mientras las motoristas desmontaban de sus corceles. Reconoció a Nekoi y a Ocelot viajando de pasajeros. Cuando se presentaron ante él, sólo la primera se acercó; dejando al resto formados tras de ella. Era una sargento de cabello rubio. Llevaba una lona blanca con rayas atigradas azules tapándole la cara de nariz para abajo; dejando a la vista sólo sus ojos verdosos.

Una diluida sombra de sorpresa pasó por los ojos de Cheetah cuando vio que aquel marine era idéntico a Remus, quien hacía algún tiempo pasó unas semanas sirviendo junto los Tigres. Acto seguido recobró el semblante de acero que parecía normal en ella.

- Capitán... –dijo escueta dejando la frase a medias.

- Rómulus Devine –concluyó él mismo- al mando de esta fuerza de rescate. 6º  
Compañía de los Ángeles Sangrientos.

- Sargento Veterana Cheetah al mando de la sección Guepardina.

Rómulus dirigió un par de sonrisas hacia Nekoi y Ocelot sin perder la compostura, se alegraba de verles en pie. – Es un honor –respondió a Cheetah-. Hemos encontrado a varios grupos aislados de los Tigres por todo el sector, ¿qué es lo que ha ocurrido aquí?.

- Nuestra sección se fragmentó durante el primer enfrentamiento, pero el enemigo no tuvo en cuenta que divididos es como trabajamos mejor.

Remus se acercó corriendo sin dejar de agitar su casco. - ¡Sargento Cheetah, Nekoi, Ocelot!, ¡estáis bien!

Nekoi sonrió alegremente. - ¡Remus!, ¡estás aquí!. Sí, estamos enteros, pero a Ocelot resultó herido durante esa persecución...

Era cierto. El chico había recibido un impacto agrietando la sección del costado de su armadura, pero se mantenía en pie por sí solo, Saludó con la mano despejando cualquier temor acerca de su estado de salud con una mirada confiada. Rómulus tenía la impresión de que Ocelot había crecido desde la última vez que lo vio.

Cheetah carraspeó ruidosamente en un intento de devolver el protocolo a aquel encuentro y saludó en silencio a Remus con un cabeceo.

- ¿Dónde están Karakal y... los demás? –preguntó Rómulus de improviso-. Están con vosotras, ¿no?. El resto de Tigres dicen que vosotras y el grupo de Karakal son los únicos que faltan.

El silencio que se hizo a continuación resultó molesto en extremo. Remus perdió poco a poco su sonrisa al ver la cara de preocupación y los suspiros de Nekoi.

- Karakal ha desaparecido –dijo sombría Nekoi anticipándose a su sargento-. Él... Mau... y tres tizarinas más. No sabemos dónde están.

El capitán tensó la postura y casi quedó con la boca abierta. Ahora que ya casi la había encontrado... - ¡¿Qué?! –escupió preso de la ira-. ¡No!. ¡¿Dónde?!.

- No lo sabemos –le respondió Cheetah sin variar el tono, señalando el camino por el que habían llegado-. Creemos que antes de perder contacto con ellos estaban en aquella dirección; rastreábamos la zona buscándoles cuando fuimos sorprendidas por los marines de plaga. Si ellos estaban allí... es que nuestros camaradas...

Sólo en aquel momento, el silencioso bibliotecario Virgilio pudo sentir aflicción en la sargento. Podía sentir que su férreo carácter era una carcasa bajo la que ocultaba un gran pesar por la pérdida de sus camaradas, que ella daba por cierta. Nekoi se mordió el labio y bajó la vista como si tampoco tuviera esperanza de encontrarlos.

Ante aquella actitud, Rómulus se enfureció en lo más profundo de su alma. No había viajado hasta aquel sector destruido para que le dijeran que Mau había desaparecido, ni que estaba muerta. Había jurado por su sangre que velaría por ella, y por Sanguinius que eso era lo que iba a hacer. Se ajustó el casco tapando su cara de pura determinación. – Habéis dicho que su última posición se estimaba por allí ¿no es así?.

- Eh... sí –se sorprendió Cheetah ante la repentina severidad del Sangriento.
- ¿Y a qué esperáis para indicarnos el camino, sargento?. ¡Movéos!.
- ¡Pero no sabemos dónde están!. ¡Ni siquiera sabemos si siguen vivos!, ¡y esa zona debe de estar infestada de enemigos!.
- Nosotros podemos encargarnos de eso –intervino por vez primera el bibliotecario-. Si están vivos, quizá pueda seguirles la pista.
- ¡El capitán tiene razón, sargento! –Nekoi unió su entusiasmo a la determinación de los Sangrientos-. ¿A qué estamos esperando?.

Remus empuñó su bólter pesado y lo amartilló con un ruido seco. - ¡Vamos a por ellos!. Cheetah trazó una media sonrisa y asintió con energía. - ¡Será un honor!. ¡Vamos a recuperar a nuestros hermanos!.

Un estruendoso rugido, como un largo trueno, les llegó desde lo alto. Todos alzaron la vista para ver cómo dos Thundehawks descendían por una sección de cielo despejada de nubes.

- ¡Ya era hora! –se quejó Rómulus-. Esas nubes destrozaban los instrumentos de navegación de las sondas.

- Sí –convino Nekoi-. Por eso tuvimos que efectuar un desembarco en cápsulas de asalto.
- Igual que nosotros –dijo Remus contemplando la pareja de naves-, pero parece que han encontrado un hueco.

Las naves no hicieron maniobra alguna. Simplemente perdieron altura a una velocidad cada vez menor hasta posarse en la parte más plana de terreno que pudieron encontrar lanzado remolinos de basura a su alrededor. Sin perder un momento, las bodegas de carga en forma de fauces se abrieron hasta apoyarse en el suelo y un vehículo bajó de cada Thundehawk resquebrajando cascotes; un Razorback y un ornamentado Rhino negro con una estatua arrodillada encima, y acto seguido volvieron a elevarse hasta salir de la vista por el mismo agujero de nubes.

Rómulus sonrió satisfecho. Los transportes parecían en óptimas condiciones. - ¡En marcha!. ¡Escuadra Crasso, dentro del Puño de Marfil!. ¡Nos adelantaremos, el resto seguidnos tan pronto como podáis!.

- ¡Capitán, permiso para unirme a la escuadra Crasso! –dijo Remus cuadrándose ante su hermano.
- Concedido –respondió éste asintiendo.

Los Sangrientos se subieron, tantos como les fue posible, al techo de los transportes para aumetar su capacidad. Aquellos que se encaramaron al Rhino negro lo hicieron con suma y respetuosa lentitud.

Cheetah descubrió que aquella estatua no era tal; era un capellán ataviado con su barroca servoarmadura negra, que permanecía inmóvil en actitud penitente aferrando su Crozius Arcanum con ambas manos. Luego vio que Rómulus le hacía señales asomado por una de las escotillas del otro vehículo. El bibliotecario asomaba por la otra escotilla.

- ¡Vos guiáis, sargento! –le gritó con insistencia.
- ¡Bien!, ¡Escuadrón Cheetah, a las motocicletas!.

## FIERA ACORRALADA

El pasillo estaba sumido en la penumbra. La escasa luz proveniente de antorchas y quemadores colgados del techo apenas sí llegaba a iluminar las sucias baldosas. A ambos lados del corredor, una tras otra, las celdas de la catedral no eran sino pozos de oscuridad. Sus barrotes no eran de metal, sino que se componían de una maraña de alguna sustancia verdosa y reseca. En el interior de estas jaulas, los prisioneros de las fuerzas del Caos están intranquilos. Los Tigres Nevados fueron rodeados y capturados por los adoradores de las fuerzas del general enemigo, no sin antes haber pagado en sangre el altísimo coste de hacer prisioneros vivos de entre los marines espaciales. El rítmico golpeteo de unos pasos contundentes se acercó desde la oscuridad lejana del corredor. Nephausto el No Sediento, el propio señor del Caos responsable del asalto a aquel planeta, se dirigía a comprobar algo de lo que sus adoradores le habían informado, pero que no podía creer. El báculo de roñosa y nudosa madera que portaba con aire majestuoso hacía un sonido característico al golpear el suelo de piedra. Vestía una servoarmadura verdosa de la que surgían cuernos y colmillos por doquier, pero que no mostraba signo alguno de corrupción salvo tres calaveras formando la marca de Nurgle sobre su pecho. Una especie de capa negra envolvía el generador dorsal de su armadura.

Al señor del Caos le seguían dos de sus sirvientes, uno de los cuales era más alto aún que él y tenía una musculatura imponente bajo su piel mortecina. Ése era Lacvediar, un peligroso fanático que una vez dirigió su propia rebelión en un mundo imperial y ahora servía a Nephausto. La extraña relación de casi amistad entre Lacvediar y su amo era un misterio para todos los demás sirvientes del No Sediento.

Nephausto llegó a una celda ocupada por dos prisioneros. Había tres más en la celda contigua, pero uno de estos estaba herido en una pierna. Todos ellos llevaban puesta su servoarmadura, pintada a rayas azules sobre manto blanco como el pelaje de un tigre, pero a todos se les habían retirado las armas. Nephausto había insistido en que se les permitiera conservar sus generadores dorsales, confiando en que las celdas impregnadas de magia demoníaca serían capaces de contenerles.

- ¡Por los dioses, Lacvediar! –soltó de pronto el sorprendido Nephausto al fijarse en las facciones de los prisioneros-. ¡Tenías razón!.

- Os lo dije, mi señor –Lacvediar señaló con un gesto hacia la celda.

Nephausto los escrutó minuciosamente de uno en uno. – Marines mujeres...

El paladín de Nurgle estuvo un rato viendo a las cuatro mujeres ataviadas con armadura de marine espacial. Todas ellas le miraban con odio, al igual que el único marine varón. Se mantenían dignas y orgullosas aún en su cautiverio, algo que Nephausto valoraba mucho en sus prisioneros.

Le gustaba que sus víctimas conservaran el orgullo para poder arrancárselo del cuerpo con sus enfermizas distracciones.

Desde la primera celda, un corpulento marine con cabello y barba del color del fuego le estacó con una furiosa mirada de sus ojos de tigre y le lanzó un insulto enseñándole los dientes en una mueca. Junto con él, otra de aquellas mujeres marine también le transmitía su desprecio, pero fue ésta la que más le llamó la atención. Su rostro joven irradiaba una salvaje belleza felina.

Nephausto se detuvo. - ¡Mira a esa!, ¡apenas es una niña! –dijo a Lacvediar.

Los siervos rieron por acompañar al tono burlón de su señor, quien aún estaba mirándola a sus ojos azules de gata.

- Resulta encantadora... –afirmó ensimismado y mostrando un molesto interés.

Su visión se vió obstaculizada por el otro prisionero cuando éste se interpuso protector entre Nephausto y la marine. – No la vas a tocar –amenazó el Tigre.

El paladín pasó la vista rápidamente a los ojos del marine. – No te atrevas a decirme lo que puedo o no puedo hacer...

Acto seguido adelantó su báculo. La magia negra de Nephausto se materializó en forma de relámpagos negros que brotaron de la madera e impactaron de lleno en el pecho del Tigre suspendiéndolo en el aire. Con solo un gesto, el prisionero fue arrojado contra la pared con fuerza increíble, desplomándose tras el brutal impacto que recibió en la cabeza.

- ¡Nunca! –terminó de decir Nephausto.

La chica reaccionó de inmediato lanzándole un puñetazo a través de los barrotes orgánicos, pero éstos se movieron como serpientes enroscándole la muñeca antes de poder alcanzarle.

Nephausto alargó la mano y la apesó por el cuello. El marine intentó ayudarla, pero aún estaba de rodillas, gruñendo aturdido. Cuando tiró de ella, los barrotes se apartaron permitiéndole sacarla fuera de la celda y acto seguido retomaron su forma para impedir que el Tigre pudiera escapar.

La Tigresa forcejeó con él, pero pronto fue obligada a postrarse de rodillas bajo la superior fuerza de Nephausto y la ayuda de sus siervos. La poderosa mano que la atenazaba le cortó la respiración frustrando su intento de insultarle.

- Realmente, resulta increíble.

Nephausto miró curioso el gesto torcido de la marine mientras, poco a poco, a obligaba a arquear la espalda manteniendo aún la otra mano sobre su báculo. Lacvediar y el otro siervo se limitaron a sostenerla por los brazos y hombros.

- Mira su cara, Lacvediar, sus ojos azules de gata. La belleza de la agonía se refleja en ella de un modo especial, ¿no crees?. Y fíjate en cómo sigue luchando; ¡sí que tiene algo de marine espacial después de todo!.

Los ojos de la Tigresa empezaron a volverse hacia atrás a medida que escapaba algo de espuma de entre sus dientes apretados. Para sorpresa de Nephausto, efectuó un intento de levantarse, doblándose hacia delante y obligándole a redoblar la fuerza de su brazo para mantener su espalda arqueada hasta el límite de lo posible. Momentos después perdió la consciencia.

Nephausto la soltó de inmediato, dejándola tumbada de lado en la oscuridad del suelo del pasillo.

- ¡Mau! –gritó el Tigre de la celda golpeando inútilmente los barrotes.

- Mau... –susurró el paladín-. Es un nombre precioso.

- ¡Asqueroso y podrido traidor!, ¡te arrancaré tus negras entrañas...!

Ignorando los insultos y rugidos del resto de prisioneros, Nephausto sólo se quedó mirando a su presa. Era muy hermosa, con su cabello gris caído sobre el rostro como dormido.

Había algo en ella; lo había percibido en cuanto la vio. No era su extrema juventud, sino una extraña sensación de haberla conocido antes. Ella irradiaba un aura familiar para él. Interesado por esto, decidió estudiarla más a fondo.

- Llévala –ordenó el paladín a sus adoradores.

Lacvediar y el otro se la llevaron a hombros de las mazmorras entre una lluvia de improperios y escupitajos de los camaradas de Mau.

Mau se despertó. Le dolía el cuello.

Se mantuvo inmóvil un rato más sintiendo el entorno. Podía oler al señor del Caos cerca de ella. Olía también a viejo, a moho, a madera húmeda y podrida, a polvo y telarañas.

Oyó también una respiración lenta y suave, y el eco que producía le indicó que se encontraba en un lugar grande.

Al abrir los ojos, Mau vio que había sido cuidadosamente tumbada de costado sobre el altar de una catedral imperial. Sus brazaletes armados con Cuchillas Tisarinas estaban allí, a su lado sobre la losa de obsidiana. Las estatuas del colosal retablo parecían devolverle la mirada.

Algo más allá pudo ver al señor del Caos. Estaba en pie, contemplado la destrucción de la ciudad a través de una vidirera destruida. “¿Qué es lo que pretende?” se preguntó.

Pero luego olvidó aquella pregunta. Con movimientos silenciosos que ni siquiera removieron el polvo del altar, deslizó ambos brazaletes sobre los guantes de su armadura hasta ensamblarlos en su sitio. Se puso en pie con la misma habilidad que un tigre al acecho, sin un solo ruido. Ahora era el momento.

- ¡Bastardo! –le gritó con todas sus fuerzas.

Mau cubrió la distancia entre el altar y Nephausto en un salto, con las Garras Tisarinas dispuestas para despedazarle. Nephausto siguió mirando al exterior como si no la hubiera oído. En el último momento, el paladín evitó la acometida con una sorprendente voltereta hacia atrás.

Mau cayó haciendo temblar el suelo bajo el peso de su, en comparación con la de Nephausto, ligera armadura. Acto seguido blandió sus garras lanzando un zarpazo tras otro sobre su oponente con fugaces y hábiles movimientos que éste detuvo empleando su báculo. El paladín apenas parecía necesitar leves cambios de postura para detener los complejos giros de muñeca, las patadas aéreas y los magníficos movimientos de gracia felina que convertían a Mau en un vórtice de destrucción.

Nephausto retrocedía trazando círculos alrededor del altar y evitando cada golpe con soberbios giros y paradas a dos manos, jugando con su rival. – Eres una luchadora extraordinaria –le dijo en mitad del combate.

Mau entornó sus ojos de gata ajustándolos a los cambios de luz. Calculando cuidadosamente la distancia entre ella y Nephausto, se acercó rápidamente intentando trabarle el báculo con sus garras. Nephausto sonrió en el interior de su casco y, previendo la intención de la Tigresa, permitió que aquellas cuchillas se engancharan en la madera sin conseguir siquiera mellarla. Ella puso pie sobre la rodillera del paladín y se impulsó hacia atrás, arrebátandole a Nephausto su única arma.

- Extraordinaria... una marine espacial...

La Tigresa arrojó bien lejos el báculo endemoniado y empleó su cola biónica para equilibrarse en una violenta patada giratoria. El paladín la atrapó por la bota con ambas manos y la lanzó sobre los ajados asientos de la catedral. Mau sólo tuvo que revolverse en el aire con su perfecto equilibrio para caer a gatas sobre los respaldos sin que uno solo de los bancos se moviera. Su mirada de depredadora quedó fija de nuevo en su formidable presa. Para sorpresa de ella, la postura que asumió Nephausto le resultó familiar, con los codos algo más elevados que los puños; tenía cierta reminiscencia de la lucha del fuegorpión que practicaban los Ángeles Sangrientos. Medio segundo después rugió como un Tisar y se lanzó contra él volando con sus garras por delante, directamente al cuello.

El paladín la atrapó por las muñecas evitando que aquellas garras le alcanzasen.

“Ya te tengo”, pensó Mau. Con una velocidad y agilidad sobrenaturales, se encogió como un muelle y pateó con ambos pies el pecho de Nephausto con toda la fuerza de su cuerpo de marine. Nephausto retrocedió acusando el tremendo golpe.

Cuando Mau giró hacia atrás en el aire dispuesta a caer en pie se encontró con que el paladín de Nurgle había saltado tras ella con su capa desplegada de un modo extraño.

Aún en el aire Nephausto la pateó por dos veces con sendos movimientos de cadera, la primera en el costado y la segunda en la sien.

Los golpes retumbaron por toda la catedral así como los gritos de dolor de la chica. Incapaz de evitarlos, Mau cayó a plomo al duro suelo de piedra, escupiendo sangre y encogiéndose dolorida sobre sí misma. Nephausto cayó con gracilidad a su lado envuelto en su capa a causa del giro que había efectuado.

- Realmente extraordinaria –repitió el paladín viendo cómo las pequeñas grietas que se habían abierto en su coraza a causa del último golpe de la Tigresa se cerraban solas.

Mientras la miraba, la chica se levantó temblorosa con el ojo izquierdo cerrado por la sangre que manaba de la herida de su cabeza. Nephausto relajó su postura. Su golpe había abollado la coraza y podía ver en su ojo sano que estaba a punto de caer.

En respuesta a sus pensamientos Mau cayó de rodillas. – Maldigo tu ser... traidor... – susurró gruñendo de dolor antes de desplomarse.

La Tigresa Nevada respiró débilmente. La potente patada había dañado su caparazón negro, podía sentirlo por el intenso dolor de su caja torácica; y el dolor de su cabeza apenas la permitía pensar su siguiente movimiento. Una mano la hizo rodar hasta quedar boca arriba. Nephausto estaba acucillado junto a ella, la estaba mirando, admirando más bien, a través de su visor.

- Eres preciosa –le dijo acariciando dolorosamente la herida de su sien.

Mau respondió tosiendo sangre y cerrando los puños como un gato herido. Siguió acariciándola hasta que Mau reaccionó como un relámpago, lanzándole una cuchillada directamente a la cabeza. Nephausto la agarró por el antebrazo, pero no a tiempo de evitar que la máscara de su casco quedara destruida por el zarpazo. El paladín alzó un pie y la inmovilizó pisándole el otro brazo con tal fuerza que su armadura blanca se aplastó contra el suelo.

Mientras Mau se retorció y gemía por el dolor, Nephausto abrió el cierre presurizado de su casco con un pensamiento y se lo quitó con la mano libre. Su rostro resultó sorprendente. No había signo alguno de putrefacción en él. Era un rostro hermoso. Su cabello oscuro, largo y algo descuidado estaba repeinado hacia atrás. Se acarició la barba y la perilla con la mano libre después de arrojar su casco hacia atrás.

- Aún atrapada, sigues siendo una fierecilla –dijo riendo por lo bajo-. Me resultaba difícil creer en la existencia de marines mujeres pero desde luego eres un magnífico ejemplar.

Mau le devolvió la mirada iracunda ante la insinuación. Las fuerzas empezaban a fallarle. El paladín hincó una rodilla y acercó la cara hasta casi rozar la de ella. Estaba haciendo todo aquello únicamente para martirizarla.

- ¿No crees, Lacvediar?.

- Sí, mi señor –respondió el siervo de Nephausto emergiendo de detrás de una de las columnas.

Mau restalló de nuevo mordiendo furiosamente la mejilla de Nephausto, quien únicamente se limitó a sonreír. La sangre que inundó la boca de Mau no sabía a sangre y su color no era rojo, sino negro. Era repugnante; su sabor y su hedor colapsaron por completo sus agudos sentidos forzándola a escupir entre arcadas.

Nephausto rió sin ganas.

- ¡Estás podrido por dentro! –exclamó Mau con tono acusatorio.

- Sí, es un pequeño efecto secundario –respondió el paladín sangrando por el agujero que ella le había hecho en la cara.

Nephausto la tomó por el brazo aplastado bajo su bota y arrancó el destruido guantelete, dejándola la mano desnuda, una mano grácil aunque fuerte. Sin pensarlo dos veces

hundió los dientes en la carne y empezó a succionar la sangre de la Tigresa. Mau se revolvió como una fiera impotente lanzando patadas, pero la herida de su costado no la dejaba imprimir la fuerza necesaria para librarse de él.

La herida de Nephausto empezó a cambiar. Su sangre se volvía roja y perdía el hedor a cada segundo a la vez que se retraía antinaturalmente por su piel. En unos segundos su mejilla volvió a parecer intacta y el paladín se levantó de pronto manteniendo a Mau colgada por las muñecas.

- ¿Ves?. Arreglado –dijo con el rostro de nuevo muy cerca-. Sólo será temporal, hasta que me vea obligado a beber sangre de nuevo para evitar la putrefacción. Una especie de broma de Padre Nurgle.
- ¡Eres repugnante...!
- Lamento que opines así. Piensa en todo lo que siempre has querido hacer y no has podido por que tus votos a tu capítulo te obligaban... yo puedo hacer todo cuanto se me antoje.

Mau guardó silencio, sintiendo que la mordedura de su mano derramaba sangre sobre su armadura.

- Es inherente a los humanos, ya sean marines o no, sentir rebeldía contra toda forma de autoridad. Para mí no hay inquisidores, ni jueces, ni falsos Emperadores...
- Vete al infierno –fue la inmediata respuesta de Mau.

Alzándose en el aire, la Tigresa se encogió y lanzó una nueva patada con ambos pies directamente a la cara de Nephausto haciéndole trastabillar hacia atrás. Libre de sus garras, Mau cayó de pie y lanzó otra patada mientras el paladín sacudía la cabeza aturdido, pero el dolor la obligó de nuevo a encogerse y cayó de rodillas. Su golpe apenas logró hacerle estremecerse en el sitio. Intentando levantarse, Mau fue testigo de cómo Nephausto se rehacía con su rostro tornado en una mueca de rabia, tomaba impulso y le estampaba la suela de la bota en la cara lanzándola de espaldas, completamente inconsciente.

Lacvediar se acercó corriendo, pero su amo ya no precisaba ayuda alguna.

- Es una verdadera caja de sorpresas –afirmó Nephausto como reajustándose la cara.
- ¡La castigaré por su osadía, mi señor!, ¡la haré sufrir durante...!
- No, Lacvediar. No te necesitaré para esto –le cortó el paladín advirtiéndole el ansia de su siervo por hacerse con ella.
- Eh... sí, mi señor –Lacvediar bajó la cabeza. No le había gustado eso; si su amo la reclamaba para él, ella quedaba fuera de su alcance.

Se acercó a ella y de nuevo se acuclilló a su lado contemplándola. Seguía sintiendo ese algo familiar en ella.

Hubo un sonido bajo el cuerpo de Mau. Nephausto vio que algo caía de un recoveco de su armadura. Al alzarlo vio que se trataba de un colgante, una diminuta, magnífica talla de un fuegorpión baalita en mármol de sangre. La sensación se hizo mucho más fuerte al tomarla en sus manos.

El ojo izquierdo de Nephausto se contrajo víctima de un repentino tic. – Vete, Lacvediar –susurró.

- ¿Mi señor?.
- ¡Fuera!.

El enorme adorador saltó asustado por la ira del señor del Caos. Recorrió el pasillo que se formaba entre los bancos de la catedral a la carrera y salió, no sin antes cerrar bien las pesadas puertas.

Mau se reanimó otra vez. Ahora le dolía todo el cuerpo. Su mano desnuda le ardía, la cabeza le daba vueltas y cada respiración era como clavarse una daga en el pulmón.



Abrió un ojo, incapaz de alzar la cabeza siquiera. Sus pies no tocaban el suelo; estaba suspendida a casi dos metros de altura, entre dos columnas, con manos y pies encadenados obligándola a permanecer en cruz.

Nephausto aún estaba allí. Estaba subido al altar, acuclillado, con su capa derramándose por el borde de la losa. Parecía querer seguir con su enfermizo juego. No vio rastro del otro individuo.

- ¡Bastardo, acaba conmigo! –le gritó con voz cogida.

Al oírla, el paladín se puso en pie y se volvió hacia ella enseñándole lo que le había cogido. El corazón se le encogió en el pecho al reconocer el colgante de escorpión.

- ¿De dónde has sacado esto? –le preguntó Nephausto.

Nephausto había cambiado su máscara de falsa bondad y su tono lánguido por una actitud mucho más dura y amenazadora. Sin embargo, Mau no respondió.

Con evidente irritación, a Nephausto se le volvió a cerrar el ojo con un tic mientras alzaba la otra mano. Súbitamente, relámpagos de impía magia negra azotaron el cuerpo de la Tigresa con desagradables sensaciones, como si sus músculos tuvieran vida propia y se retorcieran intentando escapar de ella y sumiéndola en una horrible espiral de agonía. Mau apretó los dientes y cerró los ojos con fuerza, negándose a gritar.

- ¡Contesta! –la instó el paladín aumentando la intensidad de la tortura.

Pero ella luchó por guardar silencio. Se encogió sobre sí misma soportando el creciente dolor. Un gemido contenido fue todo lo que salió de su boca.

- ¡No me tientes a destrozarte, Mau!. ¡Esto es mármol de sangre, y sólo se da en Baal!. ¿Qué haces tú con un colgante como este?.

Nephausto empezó a cerrar el puño. Conforme más lo cerraba, el remolino de rayos negros se inensificaba, multiplicando la aflicción de la Tigresa.

Mau sólo pensaba en no decir nada. Su joven cuerpo de marine iniciada estaba siendo forzado mucho más allá de cualquier límite. Lágrimas de pura agonía afloraron a sus ojos y algunos sollozos escaparon de su garganta. Intentó luchar, pero moverse era algo completamente imposible ahora. Sus músculos se encogían y distendían sin control, se montaban unos encima de otros haciéndola estremecerse. Sólo pudo pensar en ser fuerte, ser fuerte. Pero ya no podía. Aquello iba más allá de cualquier tortura carnal. Aquello era brujería que quebraba su alma casi tanto como su ya maltrecho cuerpo.

- Rom... –empezó a decir entre jadeos.

- ¿Sí? –dijo Nephausto brulón.

- Ro...mu...lus...

El torbellino cesó de inmediato, liberándola de la tortura. Conforme sus músculos volvían a su lugar, Mau aún sintió el dolor lacerando cada parte de su cuerpo. Luchó por recuperar el aire que había perdido.

Nephausto miró la figura que tenía en la mano; luego la miró a ella. Su capa se desplegó dando forma a dos alas de cisne negras de enorme envergadura. Batiéndolas suavemente, se alzó en el aire hasta ponerse a la misma altura que su prisionera, quien logró abrir el ojo sano para mirarle.

- ¿Rómulus? –preguntó-. ¿Rómulus Devine... te lo dio?.

Mau se alarmó. “¿De qué conoce él a Rómulus?”, pensó con un creciente temor que logró ocultar a la vista.

Nephausto se acercó más. - ¿Tú... y Rómulus...?

Tras escrutarla durante un momento interminable, el paladín echó la cabeza hacia atrás y rió a crueles carcajadas.

- ¡Sabía que veía algo en ti! –dijo sin dejar de reír entusiasmado-. ¡Nurgle me está concediendo dones adivinatorios!. ¡Rómulus te conoce, y por ello he reconocido su

presencia en ti!. ¿Acaso ese chico te ha tomado como concubina en sus tiempos de permiso?.

Mau le escupió en la cara. Nephausto se relamió sin dejar de sonreír.

- ¡Oh, veo que es algo más...! ¡Claro!, ¿por qué si no iba él a regalarte esto?... ¡Jah!.
- ¡Vete al infierno! –le espetó ella.

Nephausto no la escuchó, estaba mirando el colgante. - ¡Una tigresa... y un escorpión!. ¿Tienes idea de lo que has conseguido?. ¡Has arrastrado a un Ángel Sangriento a la herejía!.

El paladín la atenazó por la mandíbula, oprimiéndle los carrillos con dedos de acero y descargando de nuevo todo su poder maléfico sobre ella. Ya no quería respuestas; sólo la tortura por la tortura. Se concentró en infligir el máximo dolor posible sobre su exhausta víctima.

Mau gruñía por no gritar, incapaz por completo de controlar su propio cuerpo a medida que éste se retorció hasta casi descoyuntar sus extremidades.

Nephausto estaba mirando su cara. En la tortura descubría siempre la más refinada belleza de cada ser, pero torturarla a ella, a una marine espacial y amada de otro marine espacial, ver cómo sus ojos lloraban, cómo apenas podía respirar, y cómo, a pesar de todo, seguía esforzándose en no proferir un solo grito, era sencillamente magnífico.

- ¡Dí su nombre!... ¡Dilo!... ¡Dilo!...
- Rómulus... –suspiró Mau con lentitud.

Inmediatamente, Nephausto cesó en su empeño. Oír su nombre en los labios de ella le producía una sensación que nunca había sentido antes.

Mau estaba respirando como si cada bocanada fuera la última. - ¿Quién... eres tú? – preguntó alzando la vista.

- ¿Yo? –el paladín rió haciendo oscilar el colgante en su mano.

Empezó a acariciarla el rostro otra vez. Ella ya no tenía fuerzas ni para apartar la cara.

- ¡Un momento!, ¡entonces... esos Ángeles Sangrientos que han llegado pretendiendo echar a mis fuerzas de este planeta... sin duda Rómulus está entre ellos!.

Mau no tenía conocimiento de aquello. Había sido capturada sin oportunidad de contacto alguno con el resto de Tigres Nevados. Al saber que los Ángeles Sangrientos estaban allí, sintió una esperanza que no pudo reprimir.

- ¡Sí, Mau! –las caricias en la cara de Mau se hicieron más suaves-. ¡Tu amado Rómulus vendrá al rescate, entonces!. ¡Vaya, nunca pensé que esta invasión me reportaría tanto!.
- ¡No! –dijo ella quebrándosele la voz-. No... déjale. No le hagas nada... haz lo que quieras conmigo, pero déjale a él...
- ¡Jah!, ¡parece que voy captando tu interés, Tigresa!. Aunque me agrada, esa actitud no es nada propia de un marine espacial, aunque sea una mujer. Pero ya es tarde para eso. ¡Tú eres mía, no puedes venderte a mí pues ya me perteneces!, ¡y Rómulus siempre me ha pertenecido desde el día en que nació!.
- ¡Ninguno de los dos te pertenecemos, demonio!.
- ¿No?... ¿sabes dónde obtuvo Rómulus este colgante?.

La marine cerró la boca, incapaz de responder. Nephausto tomó aire con infinita lentitud, disfrutando de su cara de sorpresa. – Yo se lo dí –dijo.

Mau le miró atónita y empezó a cabecear de lado a lado.

- Le encontramos entre las ruinas de Rómulus IV durante la Herejía del barón Numois. A él y a su hermano, los guaridas imperiales remusianos que apoyaron el avance de los Ángeles Sangrientos les bautizaron y el comandante de los marines espaciales los reclamó para hacer Ángeles Sangrientos de ellos.

La chica pareció comprender, como si recordara algo de vital importancia. Pudo verlo cuando se quedó con la boca abierta.

- Si, así es. Veo que Rómulus te ha hablado de mí...
- ¡Traidor...! –acusó Mau en un susurro asfixiado por la incredulidad- ¡Traidor...!
- Te equivocas de nuevo –Nephausto negó con la cabeza haciendo de su voz un eco de sus melancólicos recuerdos-. Yo no tuve otra elección: o esto –se señaló a sí mismo-, o terminar convertido en un compañero de la muerte, una bestia sedienta de sangre sin el más mínimo rastro de raciocinio; y es eso en lo que Rómulus se convertirá, tarde o temprano... La próxima vez que lo veas, es posible que ya haya vestido la armadura negra de los condenados. Es el destino de todo Ángel Sangriento.

Apabullada por las palabras de Nephausto, Mau bajó la cabeza negando una y otra vez. El señor del Caos le colocó el colgante al cuello con suma delicadeza.

- Sí, te sienta muy bien. Rómulus siempre fue listo, no como Remus.
- ¡No hables así de Remus! –dijo ella alzando la vista de nuevo con indignación.

Nephausto volvió a reír. - ¿Es que Remus también ha caído en tus redes?.

Nephausto retiró la mano esperando oír su respuesta. Pero ella no dijo nada.

- ¡Tú misma has acabado ya con Rómulus!. ¿Tienes idea de lo que le espera en Baal cuando se sepa que ama a una mujer, y además a una marine espacial?.
- ¡Nadie creará a un siervo del Caos como tú!.
- ¿Un siervo del Caos?. ¡Yo soy Aertes Dragmatio, comandante de la 6ª Compañía del glorioso capítulo de los Ángeles Sangrientos! –gritó con un orgullo que debía de ser falso-. ¡Desaparecido durante la rebelión de los mineros de Malevant II!. ¡Me acogerían con todos los honores y para cuando descubrieran que ya no sirvo a falsos Emperadores ya habrían iniciado una investigación contra Rómulus y Remus!.
- ¡Maldito seas!.

El paladín descendió hasta el suelo y replegó las alas formando de nuevo una capa negra con ellas.

Mau cerró los ojos afligida. “Donde quiera que estés... Rómulus... no vengas”, imploró.

- Sí vendrá –le respondió Nephausto como si hubiera leído sus pensamientos-. Siempre ha sido un alocado; caía sin cesar en todas las trampas que el enemigo le tendía. Con el cebo adecuado, él vendrá exactamente a donde queremos...

Cuando el señor del Caos alzó una mano vacía, Mau sintió cómo algo tiraba del colgante hasta desprenderlo de su cuello y hacerlo caer directamente a la palma de Nephausto.

- Esto servirá... –afirmó encaminándose a la salida de la catedral-. Te asustas fácilmente, Mau, y no cuesta demasiado hacerte hablar. Me alegro de no pertenecer ya a un imperio que pretende hacer marines espaciales de niñas como tú. Y cuando Rómulus se haya unido a mí, decidiremos qué hacer contigo y tus camaradas.
- ¡No, no...!

Mau sollozó temblando. Había traicionado a Rómulus y ahora Nephausto estaba en perfecta situación de conducirlo a todas las emboscadas que quisiera.

- ¡Rómulus! –gritó ella con enorme frustración.

El eco de las risas de Nephasuto ahogó por completo sus gritos.

## ABRIENDO BRECHA

El convoy se detuvo cuando más oculta estaba la luna tras las densas nubes electrostáticas. Un Rhino negro, un Razorback rojo y cuatro motocicletas blancas, todos ellos cargando con cuantos marines espaciales habían podido acomodarse tanto en su interior como sobre ellos.

Desembarcaron rápidamente formando sus escuadras. Algunos Ángeles Sangrientos bajaron del techo del Rhino, pero nadie salió de su interior. En las cuatro motocicletas de los Tigres Nevados viajaban otros tantos marines, entre ellos Nekoi y Ocelot, como pasajeros. Cheetah puso un pie en tierra y se dispuso a hablar.

- Es aquí –dijo el bibliotecario Sangriento anticipándose a ella-. Aquí es donde los atraparon.

Virgilio empezó a caminar muy lentamente por el lugar con las manos unidas. Llevaba los ojos cerrados, pero sorteó cada obstáculo con la serenidad de un monje. Poco después un cántico lejano inundó el aire desde algún lugar a la izquierda de su posición.

- ¿Qué es eso? –preguntó Remus.

Cheetah fue quien respondió. – Son adoradores. Han erigido estatuas del líder de los marines de plaga por todas partes y se reúnen en masa para rezar ante ellas. Éstos no están lejos; mejor ir con cuidado.

Rómulus advirtió las manchas de sangre por todo el suelo y algunos pedazos de carne. Allí había tenido lugar un combate horrible. Tomó una roca, lamió levemente la sangre que tenía pegada y escupió en seguida. No era muy reciente, dos horas o más, pero ni siquiera le pareció humana; no era de los Tigres. Si no había sangre de ellos era posible que los hubieran capturado con vida pero en tal caso ¿dónde se los habían llevado?.

Pudo sentir cómo algo empezaba a carcomerle por dentro. En toda su vida sólo había tenido miedo una vez: la primera vez que vio a un marine espacial, cuando Aertes le recogió de su mundo natal donde la guerra redujo las ciudades a algo no mucho más alentador que el paisaje en el que estaban. Los Ángeles Sangrientos no temían a nada porque no tenía nada que perder. Sus vidas pertenecían al Imperio y era para su gloria que vivían. Pero ahora Rómulus, por mucho que lograra ocultarlo a los demás, amaba; y su amor por Mau se estaba convirtiendo en miedo de perderla.

Virgilio seguía como paseando ajeno a todo cuanto le rodeaba. Podía sentir la muerte flotando aún en aquel lugar; la muerte de almas impías y corruptas, pero nada más.

Mientras esperaban a que el bibliotecario llegara a alguna conclusión, los marines habían trazado un perímetro defensivo empleando los transportes a modo de búnkers; una de las escuadras de Sangrientos custodiaba el Razorback y otra el Rhino. El capellán aún no se había movido de lo alto del Rhino.

Rómulus se había separado un poco de ellos. Estaba solo mirando al borroso destello de la luna que lograba atravesar el cielo nublado. Se esforzaba en no pensar en ella; se había esforzado desde que salieron de la base de operaciones Sangre de Sanguinius CXII para que el bibliotecario no detectara nada raro en él, pero su alma era presa de una tortura. No sabía si estaba viva ni dónde buscarla; era un sentimiento desalentador, incluso terrorífico, y eso le hizo replantearse si el hecho de amar no estaba teniendo consecuencias sobre su juicio.

- ¿Estás bien? –oyó detrás de él.

Al volverse, vio que Remus se le acercaba. Se había apoyado de nuevo el bólder pesado sobre el hombro y, a juzgar por su expresión, también a él le preocupaba algo.

Respondió a la pregunta con una imperceptible negación de cabeza.

Remus se puso a su lado. – Rómulus, será mejor que te controles –le susurró sin mirarle-. Virgilio no te ha quitado ojo de encima desde que aterrizamos en este planeta; creo que sospecha algo.

- No puedo, Remus. Por los huesos del Emperador que querría hacerlo, pero no puedo.
- ¡Pues más te vale hacerlo!, ¡porque si te descubre acabarás en una capilla de ejecución!.
- Esto es igual que en Malevant II –Rómulus parecía haberse olvidado de la presencia de su hermano-. Exactamente lo mismo; Aertes perdió el contacto con nosotros, y ya no lo vimos más.
- ¡Eh!. ¿A qué viene eso ahora?, ¡Aertes está desaparecido en combate, pero nunca hemos dejado de buscarle!.
- ¿Y para qué?. Todos sabemos que no volveremos a verle. Y tendríamos suerte si lográramos recuperar su cadáver.

Remus bufó furibundo. - ¡Rómulus, por todos los mártires, estás al mando de una compañía!. ¡Ahora necesitamos al Rómulus decidido, capaz y seguro que porta al mismo Sanguinius en su corazón, no al crío que denunciaba trampas cada vez que su hermano le derrotaba en combate!. ¡Mau es una marine como nosotros!, ¡sabes bien el riesgo que corremos todos de modo que reacciona, porque nosotros sólo podemos seguirte!.

Rómulus sonrió, pero se volvió para ocultárselo a Remus. No pudo sino darle la razón. Estaba lamentando la muerte de Mau antes de tener la certeza de que la había perdido. Había pasado tanto tiempo desde la desaparición del comandante Aertes que la desesperanza se había apropiado de él. Pero por fortuna contaba con el inestimable apoyo de su hermano.

Remus había logrado ocultárselo a Rómulus, pero estaba a punto de estallar. “Mau tiene la culpa de esto”, se dijo, “Rómulus no deja de pensar en ella, no se concentra”.

Remus pensó que más les habría valido a todos que su hermano nunca la hubiera conocido. Desde aquel día se había visto obligado a ser un encubridor del romance entre Rómulus y la Tigresa. Tenía que centrarse en bloquear sus pensamientos cada vez que uno de los bibliotecarios andaba cerca porque la más mínima emoción podía descubrirle. Sostener esa tónica durante meses le enfurecía cada día un poco más, y sólo podía ver a un culpable de todo ello: Mau. Por supuesto que nunca se lo había dicho a su hermano. Él la amaba y no toleraría ningún comentario acusatorio en contra de ella, pero Remus veía cómo Rómulus sustituía paulatinamente sus votos al capítulo por una, a su vista, absurda devoción por alguien completamente fuera de su alcance. Tal cosa estaba prohibida, ¿porqué entonces su hermano había infringido la ley del capítulo?. ¿Qué era lo que veía en ella?, ¿qué necesidad aliviaba con ella que no fuera el servicio al Emperador y que fuera merecedora de correr tal riesgo?.

Pensando en todo aquello Remus se sentía como un ignorante que ve cómo un hombre culto disfruta admirando un retrato carente de interés para él. Sentía que había algo en Mau que él no podía entender y que nunca había necesitado, pero que para su hermano era tan evidente que la vida sin ella se le tornaba amarga y carente de sentido. Algo capaz de romper así la concentración de un marine espacial no podía ser sino herejía, pero era su hermano; no le delataría a no ser que la situación acabara revistiendo verdadero peligro para ellos.

Aunque no fuera consciente de ello, una gota de envidia empezaba a teñir el juicio de Remus.

Virgilio se acercó a ellos dando ruidosos pasos sobre el suelo y ambos vaciaron su mente de inmediato en un supremo ejercicio de concentración antes de volverse hacia él.

- Capitán... se los llevaron en esa dirección.
- ¿Estáis seguro?.
- Sí, señor. Sus almas son fáciles de distinguir de entre las de los seguidores del Caos... creo que aún están vivos.

El capitán sonrió ampliamente. Después de todo, sí había lugar para la esperanza.

Nekoi y Ocelot avanzaron por el interior de lo que había sido un edificio. Había pilares de sustentación y restos de paredes que llegaban hasta el hombro que se disponían como un pequeño laberinto. Al asomarse al otro lado, vieron una amplísima avenida atravesando un barrio en condiciones sorprendentemente buenas. Los edificios seguían en pie, y la catedral cercana también parecía en buen estado. El mayor contingente de marines de plaga que habían visto hasta ahora estaba allí; acampando en el terreno circundante a catedral. Eran marines enormes, envueltos en un enjambre de moscas y neblina de color bilioso que se destilaba de sus propias armaduras. Dirigiendo la vista de lado a lado vieron también un gran número de adoradores.

Ocelot hizo un gesto a Nekoi y la indicó una dirección. Al seguir el dedo con la mirada vio a dos herejes ante las puertas de la catedral. Uno de ellos era otro cultista con la cabeza rapada; el otro portaba un báculo como aquellas estatuas heréticas que habían colocado en cada plaza de la ciudad. Estaban viendo al líder de aquella fuerza invasora, el llamado Nephasto.

Minutos después los dos estaban de vuelta con Rómulus y le explicaron lo que habían visto. La catedral parecía ser la base de operaciones enemiga, y el mismo señor del Caos estaba allí. Virgilio confirmó sus premoniciones de que era en la catedral donde ubicaba a los Tigres desaparecidos.

Hubo un levísimo ruido tras ellos, pero suficiente para disparar los sentidos de los marines de ambos capítulos. Encañonaron de inmediato a la primera figura que vieron, pero se trataba del sargento de exploradores Karpla.

- ¡Karpla! –exclamó Rómulus.
- Capitán, les hemos seguido tal y como ordenó –informó el explorador sin alarmarse. –el resto de nuestra fuerza y de los Tigres Nevados están tras esa loma de atrás, esperando órdenes.
- Bien hecho, Karpla. Sargento Cheetah, ¿está preparada para tomar esa catedral?.
- ¡Desde luego que sí! –le respondió Cheetah entornando los ojos.
- Entonces preparaos. Los Ángeles Sangrientos iniciaremos el ataque y les obligaremos a reaccionar. Cuando os dé la señal los Tigres Nevados cargaréis contra ellos junto al capellán Sagos y la Compañía de la Muerte.
- Entendido.

Los marines de plaga parecían estar esperando. Algunos discutían entre sí sobre porqué su líder les había hecho custodiar la catedral con una fuerza de aquel tamaño, ya que allí sólo retenían a los pocos prisioneros que Lacvediar y su carne de cañón, como les llamaban, se habían cobrado.

- ¿Qué es aquello? –dijo alguien con sorpresa.

Todos se volvieron. Allá a lo lejos se acercaba algo por el mismo dentro de la calle, algo muy grande y rojo.

- ¡Es un Dreadnought!.

Nadie tuvo tiempo de reaccionar al aviso. El disparo de cañón de plasma creó un enorme sol fosforescente justo en medio de los marines de plaga desintegrando por completo a tres de ellos en el acto y cociendo con el calor que irradiaba a otro más.

- ¡Pedid refuerzos!. ¡Los imperiales nos atacan!

Aún no se habían recuperado cuando más impactos de búmer y lanzamisiles trazaron sus caminos hacia la fachada de la catedral aniquilando todo lo que encontraron a su paso entre explosiones de diverso tamaño.

Los fanáticos adoradores se lanzaron en tromba contra el creciente frente de Ángeles Sangrientos que se agrupaba alrededor del Dreadnought mientras los marines traidores organizaban una línea de defensa ya prevista.

- Ahí vienen –observó Remus innecesariamente.

- ¡Abrid fuego! –replicó su hermano.

Las escuadras tácticas y los devastadores unieron su potencia de fuego a la del Dreadnought desmenuzando literalmente a los pelotones de cultistas. Remus trazó un arco de muerte con su búmer pesado, ya que era inútil afinar la puntería cuando el enemigo forma una sólida pared a la carga. Un misil fragmentario voló, y todo un grupo de aquellos seres cayó al suelo acibillados por la explosión de metralla. El Razorback maniobró por detrás del hermano Fulventos disparando sin cesar sus búmer pesados acoplados a la torreta.

Cuando el enemigo hubo cubierto la mitad de la distancia que les separaba ya habían caído prácticamente la mitad de cultistas, y cuando la escuadra de exploradores Malenko empezó a dispararles desde un edificio cercano con sus búmer y rifles de francotirador cayeron muchos más. Sin embargo, aún quedaba un gran número de ellos cuando la primera fila de marines dejó de disparar y se lanzaron en una rugiente carga.

- ¡Ahora! –gritó Rómulus antes de dirigir a la escuadra Crasso en el asalto contra los adoradores-. ¡Acabad con todos ellos!.

Los marines de plaga vieron cómo los adoradores se estrellaban contra los marines imperiales. Sus gritos de dolor, terror y agonía eran acogidos con indiferencia en sus oídos demacrados por la putrefacción. No pasaría mucho tiempo antes de que los Sangrientos los exterminaran a todos.

Empezaron un avance lento con sus armas preparadas. Mientras la horda de fanáticos mantenía ocupados a los Sangrientos, los marines de plaga se dispusieron para rodearlos.

El frente de marines imperiales arrasó a los adoradores como una locomotora. Rómulus atravesó al primer enemigo con su cuchilla, abatió a otros dos con sendos disparos de su pistola búmer y destrabó su brazo del cadáver de una patada. Otro de ellos vino directamente hacia él sosteniendo en alto un pesado tubo de metal, pero la espada de Virgilio apareció en su campo visual y partió al enemigo por la cintura en una explosión de sangre oscura, dejando a Rómulus más tiempo para descargar por completo el cargador sobre más cultistas.

Remus blandió su búmer pesado en un amplio arco, derribando como un mazo a cuantos adoradores se interpusieron en el camino del arma. El siguiente que se le acercó recibió tal golpe en vertical que le cráneo se le quedó hundido en el cuello con un desagradable chasquido antes de que Remus apretara el disparador para acabar con los que aún estaban en el suelo. Dos disparos rebotaron contra su pecho y hombreira, pero sólo lograron astillar levemente la superficie de ceramita. El seguidor del Caos le disparó de nuevo sin efecto. La respuesta de Remus fue un disparo de su búmer pesado, con un resultado mucho más devastador en su pobre cuerpo abotargado. Un Sangriento levantó

a un enemigo por el cuello y lo lanzó sobre un grupo que fue a parar al suelo. Antes de poder levantarse, el Dreadnought bloqueó la luz de la luna proyectando su gran sombra sobre ellos.

Incapaces de ganar terreno, los adoradores se amontonaron ante las inamovibles líneas Sangrientas. No parecían dispuestos a retirarse a pesar de que aquello, más que un combate, era una matanza despiadada.

Los marines de plaga siguieron avanzando, acercándose más y más a la retaguardia de los adoradores en un calmoso paseo. La mayoría de ellos iban dejando un reguero de pisadas grumosas debido a los fluidos de putrefacción que se filtraban por las juntas de sus armaduras.

- ¡Preparad los rifles de fusión para destruir a ese Dreadnought! –ordenó uno que portaba una espada amarillenta como de hueso.

La respuesta a sus palabras fue un sonoro rugir de motores.

Desde una calle transversal, un Rhino negro como el cielo de aquella noche irrumpió entre los marines de plaga lanzando furiosos bramidos por sus tubos de escape. El tanque derrapó sobre el terreno hasta ofrecer su parte posterior a los marines traidores. La inconfundible armadura del capellán Sagos bajó de un salto desde el techo partiendo al primer enemigo desde el hombro a la entrepierna con un solo tajo de su Crozius Arcanum. El contenido de aquella armadura corrupta emergió en forma de un espeso limo negro que nada tenía que ver con las entrañas de un hombre.

La rampa posterior del Rhino se abrió y cuatro figuras más emergieron desgarrándose la garganta a gritos para unirse al capellán. Se movían como bestias salvajes, lanzando espadazos a diestro y siniestro sin medida alguna. A pesar de ser sensiblemente más altos y corpulentos que ellos, varios marines de plaga cayeron ante aquel ataque sorpresa.

El grupo entro se detuvo para hacer frente a la nueva amenaza. Sagos bloqueó un cuchillo oxidado con un giro de muñeca y le abrió el pecho a su portador. Esquivó otro golpe y alejó al enemigo con un empujón. Detuvo el brazo de un tercero agarrándolo por su mugrienta muñeca y tiró de él para interponerle en el camino del otro, quien había cargado tan furiosamente que no pudo evitar hundir su cuchillo de plaga en la coraza de su camarada. No tuvo tiempo de lamentarlo, a menos que su cerebro retuviera la capacidad de lamentar una vez separada su cabeza del tronco.

Dos enemigos armados con rifles de fusión se plantaron ante el Rhino, ahora inmóvil y disparando sus dos bólteres de asalto en modo automático. Apuntaron cuidadosamente a la compuerta trasera, y algo les hizo alzar la vista de repente. Eran cuatro motocicletas blancas que habían empleado el inclinado perfil delantero del Rhino como rampa para saltar. Cada motocicleta llevaba dos marines subidos. En un parpadeo, los cuatro que viajaban como pasajeros se separaron de los motoristas en el aire y realizaron graciosas piruetas para caer sobre los marines de plaga con ímpetu aplastante.

Nekoi y Ocelot saltaron de los asientos traseros de las motos junto a dos marines tisarinas que portaban las temibles garras de su capítulo. Nekoi giró hacia atrás hasta quedar boca abajo y disparó su pistola bólter durante su caída como una diosa lanzando una lluvia de fuego y muerte desde el cielo. Acabó con un enemigo que apuntaba con un rifle de fusión al Rhino de la Compañía de la Muerte colocándole un proyectil justo en su deformada membrana osmótica; acto seguido volvió a girar y cayó en cuchillas con una espada sierra preparada para probar el sabor de la sangre traidora. Ocelot cayó a su lado en una postura similar y abrió fuego intentando librar al capellán de los Sangrientos de alguno de los enemigos que le atacaban. Las tisarinas cayeron una a cada lado del otro marine de plaga con rifle de fusión. El traidor apuntó a la de su derecha,



pero la Tigresa le hizo perder el arma con una calculada patada al tiempo que la otra marine le hería en una pierna con sus garras. La primera giró por la inercia de la patada y culminó con un garrazo que le abrió el cuello, desparramando su negro e impió icor sobre su coraza. El marine fue incapaz de reaccionar cuando ambas marines le hundieron simultáneamente sus garras en los costados y el pecho.

Las cuatro motoristas cayeron en medio de las fuerzas de Nurgle aplastando a varios de ellos con el peso de sus corceles de hierro. Cheetah hizo derrapar su moto en un giro cerradísimo, partiendo el cuello de otro enemigo con la cola de su moto y abatiendo a otro más bajo el relampagueante filo de su espada.

Pero los problemas sólo estaban empezando para los marines de plaga.

Siguiendo el imparable avance del Dreadnought, los Ángeles Sangrientos partieron literalmente en dos la formación de los adoradores negándoles por completo cualquier oportunidad de superarles tácticamente, y mucho menos en fuerza bruta, lo cual ocasionó su rápido exterminio.

Volviendo su atención hacia la catedral, Rómulus vio que la Compañía de la Muerte y los Tigres Nevados habían interceptado con éxito a los marines traidores. Sagos y los suyos habían formado un círculo junto a cuatro Tigres y, con el apoyo del Nefasturris, hacían frente al enemigo mientras que al otro lado del Rhino empezaban a asomar más armaduras blancas que hacían retroceder a las carcomidas armaduras verdosas del Caos. Remus llegó junto a su hermano y vio lo que él. Ambos alzaron el labio superior de modo similar, como bestias enseñando los colmillos. Rómulus fue quien habló.

- ¡Sangrientos!. ¡Acabemos con esa escoria traidora!.

Cheetah y sus tres motoristas estaban haciendo un trompo tras otro, rechazando con ello todos los intentos de acercarse a ellas. Los Tigres Nevados llegaban para apoyarles desde el callejón, los Ángeles Sangrientos ya venían por la avenida, y Nekoi y el capellán se abrían camino hacia ellas entre los traidores.

Las grandes escuadras de Tigres Nevados llegaron repartiendo muerte con sus bólter. A diferencia de la mayoría de capítulos, los neófitos de los Tigres no eran organizados en escuadras de exploradores, sino que cada Tigre adoptaba a un Cachorro para que le acompañara a la batalla y enseñarle a luchar. Entre los marines con servoarmadura, los Cachorros en armadura de caparazón abrían fuego con escopetas y pistolas bólter, sumando su potencia al ya de por sí arrollador empuje de sus filas.

Un sargento de los tigres blandió su espada sierra en una estocada que no logró atravesar la armadura de su objetivo y resbaló sobre su superficie con los dientes de su filo rechinando de frustración. El marine alzó su bólter, pero otro Tigre le hizo errar el disparo y dio tiempo al sargento de hacer otro intento. La espada sierra rebotó esta vez contra el cuchillo del siervo del Caos, pero la pistola bólter acertó de lleno entre los ojos del casco corrompido. Un grupo de marines de plaga cargó contra los Tigres con sus bólter en una mano y blandiendo cuchillos roñosos en la otra. Los Tigres reaccionaron con una contracarga provocando un potente encontronazo entre ambas fuerzas.

Nekoi se dio cuenta de que los Sangrientos de negra armadura luchaban como si no contaran con ella, ni con Ocelot ni con las tisarinas, a pesar de que ahora estaban luchando casi espalda contra espalda. Constantemente les obligaban a seguirles en un alocado avance entre las filas enemigas cuando habría sido más recomendable ganar terreno hacia Cheetah o hacia el resto de Tigres. Se movió a tiempo de interceptar a dos marines que intentaban separarles de los Sangrientos, pero uno de ellos la rechazó de un

puñetazo de revés y la mandó al suelo junto a Ocelot. La compañía de la Muerte se alejó y el hueco que dejaron fue rápidamente cubierto por los marines de plaga.

- ¡Capellan! –clamó Ocelot, pero no fue oído.

Las dos tisarinas se reunieron con ellos. Los enemigos les rodearon con movimientos lentos, casi chulescos. Les negaron todo escape alzando sus bólteres y cuchillos. Los tenían atrapados y lo sabían. Cheetah llegó desde su derecha atropellando a toda una sección del círculo con otro derrape magníficamente calculado. Las otras tres motoristas llegaron tras ella disparando los bólteres de sus monturas. Hubo un aumento de los sonidos de batalla hacia la izquierda de su posición. Rómulus y sus Ángeles Sangrientos habían alcanzado el combate. Nekoi sonrió, mitad aliviada mitad sedienta de aniquilar al enemigo. Vio que Ocelot también sonreía, y juraría que incluso Cheetah esbozó una sonrisa en su rostro oculto por el manto de tisar antes de alzar su espada y volver a la carga.

Rómulus trazó un arco azulado y su Cuchilla Relámpago atravesó a tres enemigos, derribándolos como asquerosas bolsas de entrañas. Los Sangrientos le rodearon rápidamente, trabándose en combate cerrado con todos los enemigos al alcance. Virgilio se movía con una velocidad increíble. Habiendo empleado sus poderes sobre sí mismo, ahora su silueta se había convertido en un borrón rojizo imposible de seguir con la vista. Lo único que podía distinguirse era cómo los enemigos quedaban despedazados a su paso. Un marine de plaga clavó su cuchillo en el cuello de un marine de roja armadura desatando con ello una leve nube amarillenta y matándole al instante. Lo retiró de inmediato, empleó el bólter que llevaba en la otra mano para desviar la espada sierra de un sargento y le hirió en una pierna. El sargento gritó de dolor, pero le agarró el brazo impidiéndole sacar el cuchillo de su muslo blindado. Inmovilizado, el marine de plaga sólo pudo contar los segundos hasta que otro Sangriento le apuntó a la cara con un bólter pesado.

Remus le voló la cabeza al enemigo que había herido a Crasso. El sargento cayó de rodillas, incapaz por completo de emplear su pierna herida, pero siguió disparando su pistola bólter e instó a Remus para que siguiera adelante. Remus obedeció sin chistar.

Los marines de plaga empezaron a replegarse de vuelta hacia la catedral. Atacados por delante y por el flanco con una fuerza tan potente, decidieron que era mejor parapetarse en las posiciones erigidas alrededor del edificio desconsagrado.

Una escuadra de tisarinos de los Tigres se unió a las fuerzas que emergían sin cesar por el callejón. Sus integrantes luchaban en una perfecta sincronía; cuando uno bloqueaba un golpe, siempre había otro tisarino que rematará al enemigo; cuando uno esquivaba, otro atacaba. Rodeaban a sus enemigos y los despedazaban como una jauría de temibles depredadores perfectamente coordinados.

Cuando el Dreadnought de los Sangrientos empezó a aplastar enemigos como cucarachas con su voluminoso puño de combate, los traidores decidieron definitivamente la estrategia a seguir: la retirada. Sin embargo los Tigres Nevados se habían internado ya hasta casi la mitad de la avenida, lo cual impidió a muchos escapar de la trampa en la que habían caído.

La retirada de las fuerzas del Caos fue penosa, costosa. Solo unos pocos alcanzaron las fortificaciones, y no lograron ganar el suficiente terreno a los imperiales para aprovecharlas ya que apenas habían logrado colocarse tras los muros de sacos terreros y paneles prefabricados cuando los Sangrientos y los Tigres les abordaron como un solo capítulo. Los traidores tuvieron dos opciones: morir o dispersarse por los callejones; los que eligieron la primera lo hicieron pagar caro a los imperiales.

Sin embargo aquello estaba aún lejos de terminar. Rómulus estaba ya en los escalones de la entrada a la catedral, aniquilando a los últimos restos del enemigo, cuando se percató de ello.

Docenas, centenares de cultistas y marines de plaga se acercaban desde casi todos los ángulos. Ni siquiera tuvieron tiempo de proferir un solo grito de victoria. Aparecían desde todas las esquinas. Una multitud de traidores avanzando hacia ellos.

- ¡Rómulus! –gritó su hermano-. ¡Nos tienen rodeados, ahora!
- ¡Capitán! –llamó Cheetah acercándose en su moto.
- ¡Emplearemos estas defensas! –decidió Rómulus en voz alta señalando a las barricadas que rodeaban la catedral-. ¡Aprisa, que Virgilio y Cheetah preparen las defensas!, ¡yo entraré con un grupo en la catedral para buscar a los prisioneros!
- ¡Es la única cosa sensata que has dicho hasta ahora!

Todas las miradas se volvieron hacia lo alto de la escalinata, desde donde les había llegado una voz desconocida. Había alguien en el enorme umbral arqueado de la entrada. Las sombras ocultaban sus facciones y sólo permitían ver su silueta. Una multitud de armas se alzaron hacia aquella cosa. La figura pareció moverse y varios relámpagos negros azotaron sobre los imperiales, arrojando a Cheetah, Virgilio, Remus y varios más al suelo entre convulsiones. Sólo Rómulus había quedado en pie. Los rayos no le habían rozado siquiera, pero el resto parecían inconscientes a su alrededor. El capitán apretó el gatillo, pero se detuvo en el último instante. Se detuvo al ver que una mano emergía de entre las sombras sosteniendo algo colgando de una cadena. Algo rojo y pequeño que su mente identificó en el acto. Era el colgante de escorpión que Aertes le regaló, y que él entregó a Mau en prueba de amor.

La figura soltó una carcajada y desapareció en las sombras. Rómulus reaccionó en el acto. Le persiguió subiendo los escalones de tres en tres con toda la velocidad que pudo imprimir a sus piernas. Varios marines le siguieron, pero cuando Rómulus se hubo internado en la catedral la entrada quedó obstruida por una especie de sustancia orgánica, algo que sin duda debía ser de origen demoníaco.

## COMBATE FINAL

La sustancia que había caído como una cascada congelada en el tiempo cubría todo el portal. Rómulus acercó la mano muy lentamente. Sintió algo de alivio cuando la tocó y comprobó que no era corrosiva, pero era dura, compacta como el rococemento, y no podía ver nada a través de ella. Activó su cuchilla relámpago y hendió aquella pared verdosa, pero todas las mellas que lograba hacer se rellenaban casi al instante. Lo intentó con su pistola bólter; los agujeros que abría se cerraban igualmente.

Con un rápido vistazo fue consciente de cómo los ventanales y vidrieras eran recubiertos por la misma sustancia resbalando desde arriba. Estaba atrapado.

La escasa luz de las estrellas se oscureció aún más, pero para los ojos biomodificados de Rómulus eso no era un problema. Avanzó por la nave central entre el pasillo formado entre dos filas de bancos viejos y polvorientos. Al final, en un amplio espacio rodeado de columnas que era donde estaba el altar, había mucha más luz iluminando el glorioso retablo sobrecargado de estatuas. Fuera lo que fuera aquella cosa que cubría la catedral como un caparazón, despedía un olor tan horrible y penetrante que Rómulus no pudo percibir nada por su olfato, pero podía oír una especie de tintineo más adelante.

Con su pistola bólter dispuesta, alcanzó el altar; una sencilla aunque enorme mesa de mármol negro. A un lado, pudo ver el origen del tintineo. Había alguien encadenado entre dos de las columnas. Le apuntó por instinto encogiendo la postura, listo para cualquier cosa, pero la impresión de reconocer a aquella persona le dejó completamente atónito.

Era Aertes. Allí estaba. Después de tanto tiempo le había encontrado en las manos de los siervos de Nurgle, a los que combatía cuando desapareció. Su servoarmadura roja estaba algo demacrada, pero conservaba el aura de majestuosidad que Rómulus siempre había sentido ante su comandante.

Aertes alzó la cabeza. Su rostro tenía un aspecto debilitado, exhausto. Sus ojos se entornaron lentamente y con aparente falta de visión.

- ¿Quién eres? –susurró-. ¿Otro de los esbirros de Nephausto...? ¡Asqueroso pedazo de escoria...!
- Comandante...

Cuando se quitó el casco, una lágrima emocionada resbaló por la mejilla del joven Sangriento mientras caminaba hacia el prisionero. Sin embargo no dejó de mantener la pistola apuntada al entrecejo de aquel marine; no sería la primera vez que el Caos tratara de engañarle, pero podía ver los ojos de Aertes; no podían ser falsos, así se lo decía su corazón.

- ¿Quién...?.
- ¿Sabéis quién soy? –preguntó Rómulus entre sollozos.

Aertes adelantó la cabeza tanto como se lo permitieron sus ataduras. – Tu... ¿Rómulus?. Al oír su nombre sintió otra lágrima de cristal resbalando por su cara.

- ¿Eres Rómulus...?.
- ¡¿Quién es mi padre?! –le cortó a gritos.

Su alma le gritaba en los oídos que había encontrado al fin a Aertes, pero la propia experiencia que el comandante le había inculcado le forzaba a ser precavido, por mucho que le doliera.

Aertes boqueó y ladeó la cabeza, como si le mirara con un ojo y luego con otro. – Si eres Rómulus, tú no tienes padre –respondió exhalando las palabras-. Te encontré en Rómulus IV junto con tu hermano Remus. Os llevé a Baal para convertirlos en Ángeles Sangrientos. Y parece que hice un buen trabajo –terminó con una sonrisa cansina.

- ¡Sí! –Rómulus bajó el arma-. ¡Comandante... al fin os he encontrado!.

Con rápidos movimientos su Cuchilla Relámpago liberó los miembros de Aertes. Acto seguido se hizo un ansiado abrazo entre ellos. Rómulus se aferró a él como al padre que nunca tuvo, pero que Aertes siempre representó para él. Notó que tenía que hacer fuerza para sostenerlo en pie.

- ¡Vaya... Capitán! –dijo orgulloso Aertes al advertir los galones de la hombrera de Rómulus-. ¡Siempre supe que tu lugar estaba al mando de la compañía!.
- ¡Ese lugar vuelve a contar con la persona indicada, señor!. ¡Vamos, hemos de buscar al resto de prisioneros y salir de aquí!.
- Rómulus... aguarda. he de decirte algo...

Aunque se sorprendió del tono repentinamente severo de Aertes, la emoción de tenerle de nuevo a su lado eclipsaba a cualquier otra. Le ayudó a llegar hasta el altar para que pudiera sostenerse.

- Rómulus. Sabes que yo nunca te he mentado.
- ¿Señor?.
- Ya no puedo volver al capítulo.
- ¡¿Qué?!, ¡¿qué estáis diciendo?!
- La corrupción del Caos ha penetrado demasiado en mí. El capítulo no me permitiría regresar; me entregaría a la inquisición para un juicio rápido y una muerte lenta.
- ¡No digáis tonterías!. ¡Habéis pasado mucho tiempo en sus manos, pero Virgilio o Mephiston sin duda podrán traer la pureza a vos de nuevo!. ¡Siempre habéis sido el Ángel Sangriento más fuerte de la compañía!, ¡no hay sortilegio que pueda con vos!.
- No lo comprendes, hijo mío. He vendido mi alma...

En el exterior, Virgilio, Remus, Cheetah y los demás se reanimaron del aturdimiento que el impacto de aquella magia oscura les había provocado. Los marines de ambos capítulos tomaban posiciones y se preparaban para el inminente asalto de una fuerza superior en número. Los vehículos de los Sangrientos se colocaron en primera línea.

- ¡¿Qué?! –escupió Remus.

Según sus camaradas, Rómulus había quedado solo, atrapado en el interior de la catedral cuando intentó atrapar a aquella misteriosa figura.

- ¡Maldito... estúpido!.

Remus subió las escaleras y descargó una ráfaga a bocajarro contra el muro verdoso que le impedía entrar en la catedral. No consiguió más que provocar un repugnante sonido de succión cuando aquella materia se regeneró de los impactos recibidos.

- ¡Virgilio! –llamó a voz en grito-. ¡Necesitaremos de vuestro poder para traspasar esta barrera impía!.
- ¡Su poder será más necesario en la batalla! –replicó Cheetah volviendo la mirada hacia lo alto de las escaleras.
- ¡No podemos dejar a Rómulus atrapado ahí dentro!. ¡Además aquí fuera no podremos resistir mucho tiempo!
- ¡Pero no sabemos qué es lo que hay ahí dentro, y el enemigo está ya encima de nosotros!.

Los primeros impactos enemigos rebotaron en los parapetos como para corroborar las palabras de Cheetah. Los imperiales devolvieron el fuego con todas las armas que pudieron disparar.

- ¡Maldita sea, Virgilio! ¡abrid esta costra ahora!.
- ¡Eso requerirá tiempo! –contestó el bibliotecario sin moverse de la trinchera en que estaba-. ¡Y la lucha se aproxima!. ¡Rómulus deberá enfrentarse solo a lo que haya ahí dentro!.
- ¡Pero...!.

- ¡Remus, aún soy un oficial superior! –Virgilio agarró enérgico la empuñadura de su mandoble a falta de una mesa a la que dar un puñetazo que demostrara su irritación- ¡de modo que obedece!.

Remus frunció el ceño en el interior de su casco y siguió con la vista la línea de abotargadas figuras con armadura corrupta que se acercaban disparando sobre la marcha. Si cuanto antes acabaran con ellos antes sacarían a Rómulus de allí, así sería. Apoyó un pie en la baranda de piedra. Con un largo y ensordecedor bramido apretó el disparador con tal fuerza que habría partido la empuñadura de haberse tratado de un arma corriente. Los proyectiles explosivos fueron escupidos con furia sobrenatural sobre las filas del Caos.

Rómulus pudo sentir cómo se le helaba la sangre. - ¡No!, ¡eso no puede ser cierto! – negó incrédulo.

- Lo es, Rómulus. He negociado con los poderes del Caos. Como sabes, no hay vuelta atrás.
- ¡No no no no!

Aertes bajó la vista un instante para luego volver a mirarle a los ojos. Su rostro ahora era mucho más sosegado; su tez pálida había mejorado de color y ahora una serenidad antinatural rodeaba sus ojos como una aureola. Rómulus aún estaba petrificado.

- Tuve que hacerlo, Rómulus. Bien sabes lo unido que estaba al hermano-capitán Tycho. Desde mucho antes que tú nacieras él era mi mejor amigo. Cuando recibí la noticia de su caída en el pozo de la Rabia Negra y de su posterior muerte en Armageddon, decidí que eso no me ocurriría a mí. No me sentaría a esperar lo que me quedaba de vida a convertirme en una bestia lista para enviar al matadero. ¡No era eso lo que Tycho merecía! ¡era un gran oficial, no una bestia!. Por eso vendí mi alma. La vendí a Nurgle a cambio de que él, como padre de todas las enfermedades, diera una cura a mi cuerpo de la Rabia Negra.

Rómulus empezó a retroceder. No era posible que Aertes dijera una cosa así. – ¡Pero qué estáis diciendo!, ¡la Rabia no es ninguna enfermedad!.

- ¿No lo es? –ahora el tono de Aertes era acusatorio. Se irguió recuperando en un instante toda la fuerza que parecía faltarle-. ¿Cómo llamas entonces a un mal que convierte a marines espaciales, los más altos guerreros del Imperio de la Humanidad, en salvajes máquinas de matar que sólo precisan de ser conducidas por un capellán a la batalla?.
- ¡Tú no eres Aertes. Aertes nunca despreciaría así la semilla genética de Sanguinius!.
- ¡La semilla de Sanguinius no es más que veneno, Rómulus!. ¡Tú mismo estás envenenado al igual que todos tus hermanos!. ¡Llegará el día en que ese veneno te consumirá por completo; entonces tendrás que montar en el Nefasturris llevando la armadura negra de los condenados!. ¡Ese día ya nada te importará... ni tu hermano... ni yo... ni ella!.

Aertes alzó un brazo señalando a lo alto.

- ¡Mau! –soltó Rómulus en un largo y angustiado grito.

También ella estaba allí, encadenada a dos pilares a bastante altura y con la cabeza caída, inconsciente. Estaba herida; le faltaba un guantelete y había sangre en su mano desprotegida.

Preso de la ira, se volvió hacia el impasible Aertes con la pistola bólter a punto para volarle la cabeza y los ojos inyectados en sangre. Una sensación de vacío le crecía rápidamente en la boca del estómago a cada latido. Vio que Aertes sostenía algo en la mano. El colgante de escorpión.

- ¡Tú!.

- Sí, Rómulus –asintió lentamente-. Yo. Sé bien lo que hay entre vosotros dos, y sin duda ambos sabemos que firmaste tu sentencia de muerte al mezclarte con ella. ¡Yo te entregé esto como un presente de padre a hijo!, ¡cuando me marché deberías haberlo conservado como una reliquia, pero lo regalaste alegremente a esa...!
  - ¡¿Qué le has hecho?!
  - Nada. Sólo intenté hacerla entrar en razón, como hago contigo, hijo...
  - ¡Yo no soy hijo de un traidor como tú!
  - Claro que lo eres. Os convertísteis en mis hijos cuando os dí la vida en el capítulo; tú y tu hermano. Por eso ahora intento salvarte, como siempre he hecho.
  - ¿Salvarme?, ¿salvarme de qué?.
  - ¡Del veneno que los Ángeles Sangrientos te metieron en la sangre, por supuesto!. ¡Intento salvarte de la sombra de la Rabia Negra!.
  - ¡¿Vendiendo mi alma a un demonio del Caos?!
  - Es la única forma. Sólo tienes que confiar en mí, unirte a mí.
- Rómulus apretó los labios. Su comandante, su padre perdido, ahora era el enemigo. Había vendido su alma y eso le obligaba a acabar con él de inmediato, pero la pistola temblaba en su mano. El vacío de su interior era tal que ya empezaba a costarle pensar.
- Rómulus –susurró Aertes-. Dime cuándo te he fallado, cuándo te he engañado, cuándo te he decepcionado. Me veas como me veas ahora, tú sigues siendo mi hijo. Y lo que ves no es sino un Aertes Dragmatio libre de las cadenas del Imperio. Unas cadenas que tú mismo y esa Tigresa Nevada habéis roto. Si os descubren, sabes qué es lo que os aguarda a ambos. ¡Uníos a mí!.

La torreta del Razorback desparramó muerte a diestro y siniestro. El artillero tenía la mirada fija en el visor y desplazaba con precisión el punto de mira entre los múltiples objetivos. Las ráfagas de bólter pesado alcanzaban sus blancos en forma de intermitentes líneas luminosas.

- ¡Rechazadlos! –gritó Cheetah disparando desde su moto inmóvil con una voz que podía ser una orden o un ruego según se quisiera interpretar-. ¡No les dejéis acercarse!.

Los exploradores Sangrientos de Malenko siguieron cumpliendo con su deber desde las barricadas abatiendo a un enemigo tras otro con sus rifles de francotirador. Un marine de plaga cayó con un ojo perforado por una aguja ácida de uno de los neófitos, y los dos que estaban a su lado desaparecieron en la cegadora detonación de un disparo de plasma del Dreadnought Fulventos.

Los marines leales se habían apostado en sus posiciones sin orden aparente. Sangrientos y Tigres defendiéndose codo con codo.

Nekoi y Ocelot se habían situado junto a los devastadores de los Ángeles Sangrientos, quienes abatían enemigos a puñados con sus armas pesadas. Ocelot asía su pistola bólter con ambas manos y disparaba con los codos apoyados en el parapeto. Recargó el arma y disparó de nuevo enviando un proyectil contra cada enemigo cuidadosamente elegido. A su lado, el sargento de los devastadores disparaba su bólter de asalto repiqueteando de forma ensordecedora. Hubo una sacudida en el aire, una especie de desagradable cambio de presión y un repentino aumento de la temperatura. Ocelot se agachó por instinto y Nekoi le siguió de inmediato. El chico comprobó los cargadores que le quedaban. Se detuvo al ver que uno de los devastadores de los Sangrientos había caído y su cuerpo ya no existía de pecho para arriba. El sargento también lo miró y luego volvió a alzarse disparando vengativamente y alzando una espada sierra con la otra mano.

Ver al Ángel Sangriento destrozado en el suelo concienció a Ocelot de que era probable que todos ellos acabaran igual.

- ¡Vamos, Ocelot! –le dijo la voz de Nekoi a su espalda devolviéndole la concentración-. ¡Aún falta mucho para que esto acabe!.

Aertes vio que Rómulus dudaba. Sus llorosos ojos iban del suelo a su rostro y luego a la pistola, que no dejaba de temblar. Supo qué era lo que le rondaba la cabeza. – Es por ella ¿verdad?. Temes que no quiera seguirte cuando te unas a mí. También yo he intentado atraerla al abrazo de Padre Nurgle, pero se niega a ver. Ya sabe que está en una prisión que le impide estar contigo, pero aún así se niega a salir aunque yo le abra la puerta. Tú eres inteligente, Rómulus; más que tu hermano y más que esa estúpida imperial. Acaba con ella; libérate de esa carga y ven conmigo, hijo mío.

- ¡No!.

El dedo de Rómulus apretó el gatillo, pero tan lentamente que proporcionó a Aertes el tiempo necesario para actuar. Mandó la pistola al aire de una patada e inmediatamente detuvo con el antebrazo la mortal Cuchilla Relámpago que Rómulus había blandido en un lento y desgastado golpe antes de enviarle al suelo de un puñetazo.

Rómulus cayó de costado haciendo un pesado sonido. Volvió la cabeza para ver cómo Aertes tomaba la pistola del aire y apuntaba a Mau con ella.

- ¡No debí conservarla con vida! –espetó.

- ¡Nooo!.

Rómulus se arrodilló y saltó sobre Aertes con las manos por delante en un desesperado intento por evitar la muerte de Mau. Logró aferrarle la muñeca justo cuando el primer proyectil era disparado con un dramático estampido.

Siguió con la vista la estela blanca del proyectil en su vuelo hacia ella. El empuje de Rómulus había desviado el tiro y éste fue a impactar en una de las cadenas que la sujetaban, rompiéndola y liberando uno de sus brazos, que cayó laxo a un lado de su cuerpo.

Cayó en pie forcejeando furiosamente con Aertes. Si aquel había sido alguna vez el Aertes que conocía, ya había dejado de serlo. No era más que otro señor del Caos, otro traidor al que ajusticiar.

Vio la rabia en los ojos de Rómulus y supo que ya no podría convencerle mientras ambos empujaban y giraban como un tornado alrededor de la pistola. Ya no podría salvarle, y todo por culpa de esa... esa marine. Rómulus le obligó a retroceder hasta darse de espaldas contra una columna, deplegando una fuerza que desconocía por completo en él.

- ¡Eres un demonio! –le escupió Rómulus a la cara-. ¡Has traicionado al capítulo y al Imperio!. ¿Preguntas cuándo me has decepcionado?, ¡nunca me habías decepcionado hasta este día!. ¡Ojalá nunca te hubiera encontrado!. ¡Prefiero caer en la Rabia Negra durante mil vidas antes que unirme a alguien como tú!.

El señor del Caos se impulsó lanzando al Sangriento por los aires hasta aterrizar sobre el altar y rodar a un lado hasta el suelo. La pistola salió despedida hacia las sombras.

Conforme hablaba, Aertes empezó a cambiar. Su armadura perdió los emblemas imperiales; su color se hizo verdoso y tres calaveras aparecieron en su pecho. Una especie de báculo apareció en su mano como por arte de magia y desde su espalda una capa negra se extendió hasta el suelo. Era, como Rómulus había temido, el señor del Caos que había visto entrar en la catedral y a quien reflejaban todas aquellas estatuas impías que los adoradores habían erigido por doquier.

- He intentado salvarte, Rómulus, pero te niegas al igual que esa necia a salir de tu prisión. Aertes dejó de existir en aquella rebelión de Malevant II. Ahora soy



Nephausto, el que no tiene sed de sangre, el que nunca caerá en la Rabia Negra, el que vivirá por siempre libre del Imperio.

- ¡Ven traidor, que yo te liberaré por siempre de tu existencia!.

Remus bajó los escalones a la carrera para situarse entre los devastadores. Saltó sobre los restos de un hermano marine que debía de ser Lavere, ya que sólo él portaba un lanzamisiles.

Virgilio se desplazó por el muro sin dejar de disparar su pistola hasta encontrarse con Cheetah. Los bólteres acoplados de la montura de la capitana de los Tigres consumían provechosamente su munición abatiendo adoradores por doquier.

- ¡Sargento! –llamó Virgilio a lentos gritos para hacerse oír por encima del fragor de la batalla-. ¡Cuando el enemigo se acerque, nosotros lanzaremos un contraataque justo por el centro de nuestras filas!. ¡Evitad que nos rodeen y tendremos una oportunidad de rechazarles!.

Cheetah negó con la cabeza antes de contestar. En ningún momento apartó la vista de las filas enemigas. - ¡Los contraataques son nuestra especialidad! –dijo-. ¡Lo haremos nosotros!.

- ¡De acuerdo! –convino el bibliotecario Sangriento-. ¡Esperad a mi... oh no!.

Virgilio lanzó una maldición. El Dreadnought, víctima de la Rabia Negra, se había lanzado al ataque contra el enemigo derribando una sección de las barricadas a su paso. Algunos Ángeles Sangrientos le siguieron contagiados por su ansia y sed de lucha. El bípode cargó a zancadas salvajes y pesadas como una enorme bestia. Los primeros enemigos que toparon con él no tuvieron ocasión alguna de defenderse ya que fueron literalmente atropellados bajo su peso.

- ¿Pero qué es lo que...? –empezó a decir Cheetah.

- ¡Maldita sea! –cortó Virgilio-. ¡Si váis a lanzar ese contraataque, es ahora o nunca!.

Nekoi volvió la vista para ver cómo el Dreadnought que custodiaba el centro de sus posiciones avanzaba seguido por algunos Sangrientos buscando prematuramente enzarzarse en combate. Ellos estaban cubriendo el flanco derecho, por lo que no pudieron reaccionar a aquel movimiento imprevisto. El Rhino negro maniobró rápidamente para seguir al Dreadnought; con el capellán encaramado a su parte superior lanzando vigorizantes gritos de guerra en la lengua de Baal. Nekoi no pudo comprender su significado, pero pudo sentir la fuerza de las palabras.

Atacó. Atacó como nunca había atacado a ningún enemigo. Puso su alma en cada arco de su Cuchilla Relámpago, gritó con el alma dolorida a cada movimiento porque debía matar a su propio padre y mentor. Lanzó furiosos golpes sin control alguno, abalanzándose sobre Nephausto como un tanque, pero éste interpuso su báculo en todas las trayectorias de su cuchilla como si pudiera leer sus pensamientos. En realidad no le hacía falta, ya que fue él mismo quien le enseñó a luchar. – Has mejorado mucho, Rómulus –se burló- pero nunca fuiste rival para mí, y desde luego no lo eres ahora. Para demostrar lo que decía, Nephausto trabó la cuchilla con su báculo, la apartó para deshacer la defensa de su rival y le asestó una patada en pleno vientre. Rómulus retrocedió y antes de recuperarse el báculo se estampó en su cara haciéndole caer rotando en el aire como una peonza.

Se incorporó lamiendo la sangre que brotaba de su labio y volvió a cargar haciendo que el eco de sus alaridos de ira rebotara por toda la ancestral nave. Su oponente era ahora mucho más rápido de lo que recordaba; incluso se permitió jugar un poco con él esquivando sus golpes con rápidos pasos laterales y haciendo molinetes con su bastón antes de volver a tumbarle con un golpe de revés.

- No tienes nada que hacer, hijo mío. Únete a mí... o muere.

Una neblina negra empezó a envolver el báculo de Nephausto y a desplazarse hacia su extremo superior. La niebla emitió un gemido torturado casi inaudible cuando se aremolinó y desapareció de repente, dejando en su lugar una gran hoja de guadaña en el extremo del bastón.

Se levantó con la mirada fija en los ojos de Aertes. Esperaba encontrar la mirada de un demente, o de alguien poseído. Pero lo que vio no era sino el Aertes que recordaba, su expresión seria y adusta, sus ojos mirándole con autoridad.

Había vendido su alma, pero seguía siendo el mismo. No estaba loco ni había sido manipulado; se había unido a los demonios del Caos por su propia voluntad. Eso fue algo que Rómulus no pudo soportar.

Nephausto vio cómo Rómulus se levantaba de nuevo y venía en busca de su muerte. Apretó las manos en torno a su guadaña, pero sintió que le faltaba seguridad en su propósito. Aunque ahora fuera su enemigo, aquel hombre no dejaba de ser su hijo y se sentía en parte responsable de él. Quería liberarle aún del falso Emperador, darle a conocer las maravillas que había descubierto al servicio de Nurgle; incluso podía quedarse con aquella marine con la que se había encaprichado. Pero si se negaba a unirse a él, sólo podría verle como a un enemigo.

Rómulus se movió con velocidad antinatural, como un fuegorpión enfurecido. Su Cuchilla Relámpago en forma de pinza voló de lado a lado obligándole a hacer un verdadero esfuerzo para detener y esquivar sus golpes mortales. Se defendió sólo con el mango de su arma, evitando cada uno de los movimientos de su oponente con fugaces bloqueos y esquivas. Rómulus seguía empleando el estilo de lucha de Baal, algo que él le enseñó y que conocía mucho mejor.

Siguió lanzando un golpe tras otro acompañando cada movimiento con un gemido esforzado, pero era incapaz de superar la perfecta defensa de Nephausto. El asta de la guadaña se movía siempre para impedirle alcanzar el cuerpo de su enemigo, y, de alguna manera, agradecía no ser capaz de acabar con él.

Durante un lance especialmente rápido del combate, Nephausto le agarró por el brazo y sostuvo la Cuchilla Relámpago contra una columna con su guadaña.

- Esto es el final, Rómulus –declaró con cierto pesar-. Es tu última oportunidad.

Únete a mí...

Rómulus volvió a ver aquella sinceridad tan dolorosa en el señor de Caos. Fuera lo que fuera ahora, aún era Aertes. Un Aertes traidor.

- ¡Vete al infierno... padre!

El codo de Rómulus se aplastó contra la cara de Nephausto rompiéndole la nariz. El Sangriento blandió su arma para ensartarle las entrañas, pero su brazo fue desviado de una patada y el mango de la guadaña le asestó un golpe ascendente al mentón que le dejó desorientado. Sacudió la cabeza una vez y detuvo la guadaña con su cuchilla, pero entonces su enemigo le barrió ambas piernas con otra patada. Cayó boca arriba, con el filo espinoso de Nephausto sobre su garganta.

Le puso un pie sobre el brazo armado para evitar que se moviera más. – ¡Sin duda sois el uno para el otro! –afirmó molesto limpiándose el bigote de su propia sangre-.

¡Podréis reuniros en el infierno de mi señor!.

Lo tenía a su merced; le había ofrecido la salvación y le había rechazado. Ya sólo había una forma de terminar aquello.

Rómulus vio la sangre que brotaba de la nariz de Nephausto. Eran tan roja como podía serlo la suya y pudo olerla a través de la escafandra apestosa de aquel lugar. Pudo percibir el dolor de Nephausto por encima del suyo propio cuando la hoja presionó su

garganta; pero sólo lo suficiente para que una gota de sangre resbalara por su cuello; como si, después de todo, no se viera capaz de acabar con él.

De repente la expresión de los ojos de Nephausto cambió, y Rómulus supo que ya nada detendría a su padre.

Nephausto sintió de improviso que alguien le atrapaba por detrás rodeándole la cintura con unos brazos protegidos por brazaletes blancos. Nada le había podido prevenir de que Mau, una vez liberado su brazo, había cortado el resto de cadenas que la sujetaban cubierta por los ruidos del combate.

- ¡Maldito bastardo! –farfulló la Tigresa alejando a Nephausto de su presa con la fuerza del impacto.
- ¡Mau! –gritó Rómulus poniéndose en pie de un brinco.
- ¡¿Tú otra vez?! -rugió Nephausto bregando por volverse-. ¡Maldita niña con armadura!.

Rómulus cargó contra el inmovilizado Nephausto con su Cuchilla Relámpago preparada, pero el señor del Caos tomó la mano desprotegida de ella y, con un veloz giro, se colocó a su espalda apresándole el brazo en una llave y empleando su cuerpo como escudo. Rómulus se detuvo de inmediato y Nephausto empujó a Mau contra él. La recibió en sus brazos evitando que cayera ya que, a pesar de su valiente acción, aún parecía debilitada.

- ¡Mau!, ¿estás bien? –se preocupó Rómulus volviendo de inmediato la mirada a Nephausto, quien les esperaba sonriendo y haciendo lentos molinetes con su guadaña.
- ¡Si! –respondió ella enérgica-. ¡No te distraigas ahora!.
- ¡Qué conmovedor! –se burló Nephausto-. Casi me alegro de poder veros con mis propios ojos, ya que aún me costaba imaginar un romance así.
- ¡Veamos si te conmueven mis garras en tus ojos! –rugió la Tigresa.

Los dos se lanzaron contra su rival como fieras salvajes.

Nephausto avanzó hacia ellos poco a poco hasta que se produjo el choque. Detuvo con su guadaña la garra de Mau, rechazó a Rómulus con una patada y lanzó un golpe con el mango del arma a la cabeza de ella. Mau se agachó evitando el golpe y saltó propinando una patada giratoria al emblema del pecho de Nephausto, quien retrocedió un paso antes de lanzar un tajo en vertical sobre la Tigresa. Rómulus le detuvo con su arma y le pateó en la rodilla con apenas fuerza para hacérsela doblar un poco, pero suficiente para hacerle perder el equilibrio por unos momentos. Aprovechándose de ello, Mau le acuchilló el costado con su garra. El señor del Caos le agarró la muñeca sin más y asestó un cabezazo a Rómulus haciéndole retroceder. La Tigresa intentó sacar su arma de la herida, pero el mismo Nephausto fue quien le retiró el brazo y le sacudió un rodillazo en el estómago haciéndola caer por los escalones que elevaban el altar sobre el suelo.

Virgilio blandió su espada a dos manos abatiendo uno tras otro a los enemigos que alcanzaban su posición. A su alrededor, los Ángeles Sangrientos mantenían una densa cortina de fuego disparando sus bólteres sin tregua, pero ya no era suficiente para detener a la horda de mutantes y podridos enemigos que les acosaban.

- ¡Proteged el contraataque! –ordenó durante un leve respiro que sus hombres le brindaron-. ¡No les permitáis que separen nuestras fuerzas y podremos hacerles retroceder!.

Un disparo bólter le acertó en el costado y le hizo girar sin control hasta caer de rodillas. Se levantó con redoblada fuerza ensartando a un marine de plaga que estaba a punto de saltar el muro. Lo mantuvo en vilo para que todos pudieran verlo y canalizó una descarga de energía a través de los circuitos psicocristalinos de su mandoble. El cuerpo

del traidor quedó rodeado por crepitantes relámpagos como serpientes. Surgieron llamas azuladas por su respirador y sus visores, y cuando Virgilio le arrojó al suelo cayó como si ya no hubiera un cuerpo dentro de aquella armadura calcinada.

Cheetah y su escuadrón se unieron a la fuerza encabezada por el capellán de los Sangrientos y el Dreadnought que había abandonado sus posiciones para internarse en el corazón del ejército enemigo. Por detrás de ellas, los tisarinos les seguían a la carrera con sus garras preparadas. La espada de la sargento cercenó en redondo dos cabezas traidoras con un mismo tajo. Manióbró por la derecha del Dreadnought barriendo toda una sección de tropas enemigas con el fuego de sus bólteres y mantuvo la posición pidiendo al Emperador poder acabar con todos los enemigos que pudiera antes de caer.

- ¡Mira, Cheetah y los tisarinos siguen a los Sangrientos! –gritó Ocelot describiendo lo que veían sus ojos felinos-. ¿Debemos seguirles también?.
- ¡No tenemos órdenes! –negó Nekoi-. ¡Debemos cubrirles e impedir que les rodeen.
- ¡A cubierto!.

El aviso de Ocelot llegó una milésima de segundo tarde. El misil que había disparado su instinto de depredador impactó de lleno contra el parapeto tras el cual se ocultaban.

Tanto él como Nekoi se agacharon a tiempo, pero los devastadores Sangrientos cayeron hacia atrás a la vez víctimas de la explosión. El muro había resistido el impacto.

Remus sacudió la cabeza. Sentía que estaba tumbado de espaldas, pero no podía ver nada. Se quitó el casco comprobando que la metralla había destruido los visores. De no haberlo llevado puesto ahora tendría un pedazo de metal en lugar de cerebro. Se arrodilló comprobando su bólter pesado a la vez que despejaba su mente con un esfuerzo mental. Le pitaban los oídos dolorosamente, pero aún podía oír los sonidos de la batalla. Un devastador que portaba el cañón láser también se levanto, pero ni el sargento ni el otro artillero se movieron del suelo. El sargento Dálcabo movía la cabeza de un lado a otro como si no supiera dónde estaba; el artillero de lanzamisiles tenía el cuello abierto y su sangre se encharcaba a su alrededor.

- ¡Ocelot, prepárame ese lanzamisiles! –ordenó Remus emergiendo de la barricada y abriendo fuego otra vez.

El joven Tigre obedeció de inmediato. Recogió el arma y empezó a comprobarla según había aprendido. Estaba en buen estado. Se colocó bajo Remus casi cargando con el hombro contra la cobertura. Se había colocado al cinto todos los misiles que había encontrado en el cadáver del Sangriento.

- ¡Listo! –gritó.

Remus se colgó el bólter pesado al hombro por la cinta de munición y se acomodó el lanzamisiles mientras Ocelot volvía a disparar su pistola. El visor tenía la lente agrietada, pero funcionaba. Apuntó hacia la formación de enemigos más densa que pudo encontrar y disparó. La estela blanca voló hacia el blanco con precisión insuperable y una explosión hizo llover metralla sobre los seguidores del Caos.

- ¡Recarga, misil fragmentario! –ordenó Remus pasándole el lanzamisiles a Ocelot y retomando mientras tanto su bólter pesado.

El marine del cañón láser impactó en un marine de plaga desintegrando toda la parte izquierda de su pecho y hombro. Como movidos por una orden inaudible, los adoradores cargaron contra aquella sección de las defensas imperiales.

Nephausto evitó otro golpe de Rómulus, deteniendo su brazo armado con el mango de su guadaña. Tomó rápidamente la iniciativa, lanzando habilidosos golpes que el Sangriento bloqueó a duras penas. Le hizo retroceder hacia una de las columnas y, justo cuando su espalda topó contra ella, lanzó un tajo horizontal. Rómulus se lanzó rodando por debajo del filo dentado y alejándose de su oponente, que no pudo evitar que la hoja

se clavara en la piedra. Desclavó el arma arrancando pedazos de la columna; al volverse vio de nuevo a sus dos enemigos uno junto al otro.

- ¡Bravo, por los dos! –exclamó sarcástico el señor de Nurgle.

Alzando un odre de su cinto, Nephausto tomó un largo trago de su contenido. Rómulus y Mau pudieron ver cómo la sangre negra de su costado se volvía roja y retornaba a sus heridas para desaparecer sin dejar rastro.

Mau frunció el ceño. Nephausto estaba siendo un formidable rival a pesar de ser dos contra uno. – Juntos –susurró mirando de reojo a Rómulus.

El capitán asintió sin perder de vista a Nephausto conforme éste se alejaba de las columnas para tener campo libre. Apretó con fuerza los puños intentando sacar las fuerzas que le faltaban. Ya no era el respeto que sentía por su padre lo que le impedía acabar con él, sólo su superior habilidad en combate.

- Rómulus... –dijo negando con la cabeza y continuando su paseo alrededor de ellos-. Has debido aceptar mi oferta. Matarte me causará más dolor a mí que a ti.

- Hoy sólo morirás tú –siseó Mau en respuesta.

- No hago tratos con los muertos, y tú lo estás desde el día en que te vendiste –le espetó Rómulus con desprecio.

Mau se separó amenazando el costado derecho de Nephausto. El señor del Caos giró, siguiéndola con su guadaña, mientras Rómulus se colocaba a su espalda.

El primer golpe fue del mismo Rómulus intentando ensartarle por detrás a través del generador de su armadura. Nephausto se volvió en un parpadeo, desvió la Cuchilla Relámpago de un golpe y le asestó una patada en la cabeza para inmediatamente después encarar a Mau de nuevo. Se dobló hacia atrás evitando que la Garra Tisarina le despedazara el rostro y preparó su guadaña para partir su cuerpo en dos.

Rómulus saltó sobre la espalda de Nephausto. Con una mano le atrapó por el brazo impidiéndole culminar su tajo y con la otra le hundió su cuchilla en el cuello. El señor del Caos quedó paralizado, el arma cayó de sus manos conforme ponía los ojos en blanco. Mau le lanzó un puñetazo al pecho con su garra pero la mano libre de Nephausto la detuvo atrapándole la muñeca. Sus ojos devolvieron la mirada a Mau con gesto furioso; su otra mano se sacó la cuchilla del Sangriento del cuello.

La cara de Nephausto estaba empezando a cambiar. Su piel parecía más pálida y más flácida y sus ojos más hundidos. Los levantó por los brazos obligándoles a permanecer de puntillas. - ¡Necios! –siseó en un gorgoteo.

Rómulus y Mau fueron lanzados con sorprendente fuerza hacia el altar. Mau chocó de espaldas contra la losa de mármol y soltó un quejido agotado, cayendo de rodillas. Todo el sufrimiento que había pasado aún reverberaba en sus músculos y huesos. Consciente de ello, Rómulus se adelantó de inmediato dispuesto a protegerla, pero Nephausto no hizo ademán de atacar. En lugar de ello tomó de nuevo su odre y se lo llevó a la boca. No pudo tragar nada; un sorprendente movimiento de Rómulus abrió el recipiente de piel desparramando su contenido por el suelo. El líquido era rojo y pegajoso, y su olor era inconfundible.

- ¡No! –se quejó Nephausto sorprendido-. ¿Qué has hecho, estúpido?. ¡Necesito sangre para mantenerme incorrupto!.

- ¡Púdrete, pues es tu verdadera naturaleza! –le gritó Mau furibunda.

El rostro empezó a llenarse de pústulas. De sus heridas manó su hedionda sangre negra en un flujo continuo y espeso. Su armadura empezó a cuartearse; se abotargó en varios puntos y oxidó en otros. De llevó una mano a la cara, pero al menor contacto de sus dedos su piel se rompió y liberó una especie de pus.

Rómulus contempló con asombro la horrible deformación del que fue Aertes. Buscaba un remedio contra la Rabia Negra, pero había encontrado algo mucho peor. - ¡Ya nada

puede eliminar la corrupción de tu alma, Aertes!. ¡Ya no tienes sed de sangre, pero debes beberla para no descomponerte! ¡sufre las consecuencias de tu traición!.

- ¡Los dos pagaréis por esto! –rugió Nephausto con voz gutural.

La guadaña se levantó del suelo hasta volver a sus manos y acto seguido trazó un arco descendente sobre Rómulus obligándole a hacerse un lado. Rómulus contraatacó, pero su cuchilla fue bloqueada por el mango de Nephausto y no logró alcanzar su cuerpo purulento. La guadaña volvió a girar en una hábil maniobra que Rómulus logró detener antes de que mordiera su bajo vientre. Mau volvió al combate de un salto, pateando la pierna de Nephausto con toda la inercia que pudo reunir; pero su cuerpo parecía ahora más compacto y tuvo la impresión de haber pateado una de las columnas. Repelió a Rómulus de un puñetazo de revés y alzó un pie goteante de limo para devolverle a Mau la patada, pero el señor del Caos se volvía más lento a cada bocanada de aire que tomaba y ella no tuvo dificultad alguna en escurrirse por debajo de la pierna, girarse y lanzarle un zarpazo al costado. El golpe rebotó contra su armadura y la respuesta de Nephausto fue un lento y enfermizo sesgo horizontal que de nuevo no supuso ningún problema para la agilidad felina de Mau aún estando debilitada hasta la extenuación. Se agachó dejando pasar el pesado movimiento de su enemigo y vio cómo Rómulus aparecía a la espalda de su adversario y le atrapaba por los brazos.

- ¡Ahora! –gritó el Sangriento en una imperiosa orden.

Mau se lanzó con su garra por delante contra la garganta de Nephausto sin estar muy segura de poder causar más daño en aquella carne muerta y putrefacta. Nephausto abrió la boca hasta lo imposible y le vomitó un enjambre de mosquitos en plena cara. Los insectos parecían querer metérsele por todos los orificios de su cabeza y por sus ojos. Mau retrocedió luchando contra el enjambre y Nephausto aprovechó para girarse de forma tan violenta que envió a Rómulus al suelo. El capitán se desplazó rodando justo antes de que la guadaña se hincara en la porción del suelo que segundos antes había ocupado su cuerpo.

- ¿Es eso lo que querías hacer de mí? –increpó al traidor propurando alejarle de Mau-.  
¿Es esa la cura que me ofrecías para la Rabia Negra?. ¡Mírate ahora, Aertes!. ¡No eres más que un engendro putrefacto!.

Mau vio a su enemigo dándole la espalda, atacando a Rómulus, entre el insoprotable velo del enjambre. Manoteó irritada, tratando por todos los medios de deshacerse de aquella plaga de insectos impíos.

Remus volvió a encararse el lanzamisiles que le pasaba Ocelot y disparó a la cada vez más cercana masa de enemigos. El impacto abrió un boquete en sus filas y les hizo dudar, algo fatal a aquella distancia. Ocelot sonrió satisfecho de la magistral puntería de Remus mientras deslizaba otro misil en el tubo del arma. El bólter pesado del Sangriento se encasquilló de improviso y Nekoi y Ocelot tuvieron que disparar sus pistolas bólter en modo automático para evitar que los adoradores alcanzasen sus posiciones. Cuando agotó su último cargador, Ocelot cogió el bólter de asalto del sargento devastador y abrió fuego.

- ¡Lo están consiguiendo! –vitreó Nekoi-. ¡Mirad, el enemigo se retira!.

Era cierto. El asalto de los sangrientos y los Tigres estaba haciendo retroceder al enemigo. Pudieron ver a las motoristas de Cheetah protegiendo el flanco derecho del Dreadnought.

Cheetah bloqueó el golpe de uno de los marines de plaga. El traidor empujó hasta hacer volcar su motocicleta y ambos cayeron rodando. Se levantó con una piroeta y volvió a detener el golpe de bayoneta del marine. Un tisarino apareció a su lado arrancando un pedazo de armadura decrepita de un zarpazo, el enemigo se quejó y Cheetah hizo

descender su hoja sobre su casco, partiéndoselo en dos. Empleando su moto caída como una improvisada cobertura, Cheetah tomó una pistola bólter y empezó a disparar a todo el que se le acercó.

Remus peleó con la recámara intentando extraer el casquillo atascado mientras Nekoi y Ocelot le cubrían. Finalmente logró sacarlo y amartilló el bólter pesado, pero cuando miró de nuevo al enemigo éste les había dado alcance. Un primer adorador saltó contra él por encima de la barricada y fue repelido hacia atrás de un golpe de su arma. El segundo cayó víctima de un disparo del joven Tigre pero el tercero, un marine de plaga especialmente alto, no se detuvo a pesar de los intentos de Ocelot y aplastó a Remus contra el suelo.

Nephausto siguió lanzando un golpe tras otro. Sus movimientos se habían vuelto lentos y predecibles, pero mucho más potentes. Sus ojos se vidriaban cada vez más, su cabello y barba se le caían a puñados y la piel de su cara se abotargaba haciéndole irreconocible.

Rómulus retrocedió hasta toparse con algo. Se giró a un lado justo antes de que la guadaña partiera el altar en dos en una explosión de polvo y pedazos de mármol negro. El traidor preparó otro golpe, pero Mau se encaramó sobre sus hombros apresándole el cuello en un poderoso candado. El peso de la Tigresa pasó desapercibido para Nephausto, pero alzó un brazo grimoso intentando agarrarla mientras con el otro seguía lanzando torpes tajos a Rómulus. La presa de Mau aumentó repentinamente su presión en un intento de quebrarle el cuello, pero le fallaron las fuerzas y su carne decadente ofrecía una resistencia mucho mayor de lo que esperaba. Nephausto no pudo evitar que la cabeza se le doblase a un lado hasta perder de vista a Rómulus, quien apartó la guadaña fácilmente y arremetió contra él con un bramido.

La Cuchilla Relámpago se hundió en el vientre hinchado del señor del Caos de un solo golpe. Rómulus le rajó de abajo arriba hasta el cuello, extrajo las cuchillas y las volvió a hundir en su cuerpo. Una y otra vez mutiló el torso de Nephausto haciendo caso omiso de las apestosas entrañas que colgaban de sus heridas abiertas y del negro fluido que manchaba su armadura a cada tajo. Le arrancó como un carnicero pedazo tras pedazo de carne hasta que su propio brazo empezó a dolerle por el esfuerzo. Nephausto retrocedió dando tumbos, perdió pie en uno de los escalones y se precipitó de espaldas contra una columna.

- ¡Mau, cuidado! –exclamó Rómulus señalando tras ella.

La Tigresa saltó separándose del traidor justo antes de que éste se estrellara ruidosamente contra el tronco de piedra. Su respiración salía de sus pulmones auchillados y llenos de flemas en un desagradable burbujeo. Al caer al suelo de rodillas, Mau fue incapaz de levantarse, presa del agotamiento.

Nephausto se apoyó en su guadaña y alzó su horrible cara para ver cómo Rómulus se arrodillaba junto a Mau y estrechaba sus manos para darle fuerzas. Pareció ser consciente de ello, aunque era imposible imaginar la dirección de sus ojos lechosos y carentes de vida. Ambos respiraban por la boca y estaban bañados en sudor. Rómulus le estaba mirando lastimosamente. Parecía querer decir algo; algo que expresase su compasión por Aertes, pero las palabras no brotaron de sus labios. Mau se acurrucó contra él lanzándole silenciosa su desprecio.

- ¡Tú! –suspiró Nephausto costosamente con lo que debían de ser sus últimas furzas-.

¡Ramera...! ¡has apartado de mi lado... a mi propio hijo!.

- ¡Cierra tu apestosa boca! –imperó Rómulus de inmediato con su voz potenciada por el eco del lugar.

- Fuiste tú quien se apartó de su lado –puntualizó ella con convicción.

- Bien... bien... –sus labios partidos se arquearon en una desagradable parodia de sonrisa derramando saliva por lo que le quedaba de barba-. Veremos cuánto duras tú a su lado, niña. Es cuestión de tiempo que la enfermedad de la Rabia Negra le domine. Y cuando eso ocurra, seguramente te matará.
- ¡Eso no ocurrirá jamás! –Rómulus negó con la cabeza-. ¡La Rabia no es una enfermedad!. ¡Podemos dominarla, pero tú no fuiste lo bastante fuerte!.
- ¿Eso crees, muchacho?. ¿Crees que puedes dominarla a cada segundo del día y de la noche durante toda tu vida? –un gorgoteo surgió de la garganta de Nephausto a modo de risa-. No tendrás ni la mitad de mi edad cuando te des cuenta de tu error.

El señor del Caos se irguió dejando una enorme mancha viscosa en la columna. Su capa empezó a agitarse movida por el viento, pero en el interior de la catedral no soplaba ni la más leve brisa.

- No le escuches –susurró Mau aún a sabiendas de que aquel era un tema sobre el que apenas sabía nada.

Rómulus frunció el ceño y se preparó para una nueva lucha cuando su enemigo caminó hacia ellos apoyándose en su arma.

- En cuanto a ti –se dirigió otra vez hacia la Tigresa- debo felicitarte. Tus camaradas y los Sangrientos han conseguido derrotar a mis legiones. Aguardaré con ansia nuestro próximo encuentro, Tigresa Nevada.
- ¡No habrá próximo encuentro! –Rómulus se levantó alzando su Cuchilla Relámpago-, ¡porque vas a morir aquí y ahora!.

Nephausto ignoró a Rómulus. - ¿Te ha contado lo que ocurrirá cuando vista la armadura negra?.

La Tigresa bajó la mirada sin decir palabra.

- Veo que algo te ha dicho. Pero no te lo ha contado todo. Puedo sentirlo. ¿Quieres que yo te lo diga?.

Rómulus cargó contra Nephausto soliviantado por su increpante conversación.

Nephausto desplegó sus alas, unas alas decrepitas y marchitas que no obstante conservaban todo su demoníaco poder, y se elevó a toda velocidad hacia la cúpula de cristal que coronaba bóveda superior.

- ¡Lo averigará, tarde o temprano!.
- ¡Vuelve! –ordenó Rómulus incapaz de alcanzarle.

La vidriera quedó hecha añicos al ser atravesada por Nephausto en su huida. Los fragmentos de vidrio coloreado cayeron como brillante lluvia sobre los restos del altar.

- ¡Vuelve, traidor asqueroso!, ¡vuelve! –gritaba Rómulus la vacío-. ¡Aertes!.

Tumbado en el suelo, Remus forcejeó intentando quitarse de encima al marine de plaga, pero le resultó de todo punto imposible. El resto de marines leales estaban demasiado ocupados rechazando el asalto a la desesperada que las fuerzas del Caos habían lanzado y no pudieron ayudarlo. El traidor le agarró por el cuello y alzó un largo cuchillo para clavárselo en la cara. Remus le detuvo agarrándole la muñeca, pero poco a poco la hoja descendió hacia sus ojos merced a la superior fuerza de su oponente. El otro brazo de Remus estaba atrapado bajo su bólter pesado. Lo sacudió violentamente para liberarlo y notó algo cilíndrico en la mano, como el mango de un arma. Lo agarró, tiró con fuerza y lanzó un golpe hacia arriba. Como esperaba, había agarrado el trofeo de colmillo de tizar que adornaba su bólter pesado, y ahora adornaba la garganta del marine traidor. Se giró para hacer a un lado aquel peso muerto y se levantó. Al preparar su arma tiró sin darse cuenta de la cadena que sujetaba el colmillo, arrancándolo del cuello del cadáver. Disparó una, dos veces. Se percató de que le faltaban blancos a la vista.

- ¡Huyen! –exclamó con su fastidiosa costumbre de gritar lo evidente.



- ¡Sí! –le respondió Nekoi entusiasmada-. ¡Hemos vencido!  
- ¡Por el Emperador! –convino Ocelot-. ¡Que sus almas impuras ardan en el infierno!  
Hubo un extraño sonido tras ellos. La sustancia que cubría la catedral se estaba retrayendo. Encogía como si se secase y marchitara a causa de la derrota de las fuerzas de Nurgle.

- ¡Rómulus! –recordó Remus en un parpadeo.

La costra seca no ofreció resistencia esta vez al fuego de su arma. Abrió a ráfagas un boquete por el que entrar mientras las primeras luces del alba empezaban a teñir el cielo con una hermosa tonalidad purpúrea. Entró en la catedral gritando el nombre de su hermano, pero le encontró en seguida. Estaba junto al altar, arrodillado en el suelo junto a un Tigre Nevado. Era Mau. Rómulus la sostenía como si ella no pudiera valerse por sí misma. Cuando llegó a su lado corriendo, apenas pareció darse cuenta de su presencia.

- Rómulus. ¿estás bien?.

- Estamos bien –respondió él severo sin apartar la vista de ella.

La Tigresa se había desvanecido. Reposaba en sus brazos con una lenta respiración que suponía una alivante diferencia con un cadáver. Ambos tenían varias heridas en la cara y abolladuras en sus armaduras. El altar estaba destrozado, había grietas resquebrajadas por todo el suelo y una de las columnas parecía haber sido embestida por un tanque y estaba cubierta de algo asqueroso.

- ¡No has debido entrar aquí tú solo!.

- Era lo que él quería.

- ¿Él?. ¿Quién?.

- ...

- ¡Rómulus, háblame!. ¿Quién...?

- ¡Mau! –gritó Nekoi apareciendo por detrás de Remus.

La Tigresa se agachó junto a Rómulus preocupada por su camarada.

- No la molestes ahora –dijo el capitán en un ruego apartándole las manos con suavidad.

Nekoi se apartó como si reconociera la autoridad del Sangriento.

Virgilio entró acompañado por varios marines de ambos capítulos que desaparecieron por las puertas laterales hacia las dependencias interiores de la catedral en busca de los prisioneros.

Karakal apareció seguido por algunos Sangrientos que ayudaban a caminar a los otros tres prisioneros liberados. El Tigre de Fuego había rechazado cualquier ayuda y caminaba erguido en toda su imponente estatura.

Virgilio se plantó ante Rómulus. Aún llevaba su mandoble en la mano, cubierto de sangre enemiga. – Capitán. ¿Habéis podido ver al líder de las fuerzas enemigas?, ¿ese tal Nephausto?.

Rómulus alzó la vista por primera vez para taladrar al bibliotecario con una mirada llena de melancolía. – Debemos hablar –respondió bajando la vista de inmediato-. Pero no ahora.

El bibliotecario entornó los ojos, deseoso de que lo que sus habilidades psíquicas le indicaban fuera un error de interpretación suyo. Envainó su espada y mantuvo una mano sobre la empuñadura.

- Señor, el día disipa las nubes electroestáticas; tenemos comunicación con el crucero –informó un marine desde la puerta de la catedral.

Virgilio se volvió de inmediato empleando aquella noticia como excusa para alejarse lo antes posible de Rómulus y la Tigresa Nevada.

Tendría que hablar con Virgilio, siguió pensando el capitán. No podía decir a nadie más que el comandante Aertes había aparecido al servicio del Caos, traicionando al Imperio

por su propia voluntad con la excusa de querer librarse de la Rabia Negra. Algo así bastaría a más de un inquisidor para exigir la disolución de los Ángeles Sangrientos. Aquello debía ser tratado con la máxima discreción, y sólo a los altos mandos del capítulo podía decir la verdad.

Se levantó llevando a Mau en brazos. La cabeza de ella se apoyaba inconsciente en su hombro mientras él caminaba por la nave central con paso firme, lento e imparable. Sólo desvió la vista del frente durante un segundo para ver a Karakal, quien le devolvió la mirada con una sombra de respeto en sus ojos ambarinos.

Remus vio cómo su hermano se alejaba hacia el creciente triángulo de luz solar proyectado desde la puerta abriéndose paso con su mera mirada. Más allá varias Thunderhawk aterrizaban en la avenida exterior cubierta por una alfombra de cuerpos sin vida. Imaginó que estaban allí para evacuar a los heridos y proveerles de suministros y municiones para proseguir con el rastreo de la zona. ¿Qué era lo que padecía su hermano, que demostraba su vínculo con Mau a la vista de todos?. Claro que una actitud así podía ser explicada como el respeto de un marine hacia otro, pero estaba seguro de que Virgilio había vislumbrado la realidad, ya fuera levemente o por completo. Ello podía significar el final de su hermano y de su amada, y el suyo propio tal vez; pero Rómulus siguió caminando con ella en brazos, erguido orgulloso por encima de los demás porque él poseía algo de lo que carecía el resto de Ángeles Sangrientos. Un sentimiento quizá no más noble que el amor a unos ideales, no más puro que una fe ciega, pero era un sentimiento que sólo a él pertenecía, que sólo con otra persona compartía, que bien podía ser fuente de su mayor debilidad y de su mayor fortaleza y que le hacía verdaderamente humano.

Junto a Remus, Nekoi se puso en pie abrazándose a sí misma. Quizá celosa de Mau, porque ahora ella tenía a alguien que la amaba y que estaría a su lado no por sus obligaciones ni por sus juramentos; de hecho, sería en contra de sus juramentos que Rómulus seguiría junto a ella. Pero eso no le detendría. Parte de ella se alegró de que aquel por quien se sentía atraída no demostrase tal devoción por ella, porque eso le mantenía a salvo de la herejía; pero otra parte deseaba saber lo que sentía Mau sabiendo que para Rómulus ella era el ser más importante del universo, alguien por quien se enfrentó a Karakal, por quien se había lanzado en solitario al interior de aquella trampa en contra de leyes o normas. Rómulus se había enfrentado a amigos y enemigos por Mau, y no se detendría ante unos ni otros. Los brazos de Nekoi se estrecharon intentando sentir siquiera una sombra de aquella sensación, pero fue en vano, y una lágrima resbaló por su mejilla.

Cuando fue bañado por el alba, la luz se reflejó en los ojos de Rómulus de un modo especial. El sol se alzaba inexorable silueteando las Thunderhawk y proyectando sus sombras contra la catedral. Ocelot y Cheetah le vieron emerger de las sombras con Mau y dieron gracias al Emperador.

Remus apretó la mandíbula conforme su hermano descendía los escalones hasta perderse de su vista. Loco. Había enloquecido. Se había arrojado a lo desconocido en solitario en busca de Mau. Supo que Rómulus volvería a hacerlo un millar de veces; la seguiría hasta el mismo infierno con tal de salvarla. La había antepuesto a sí mismo y a todas las promesas y juramentos que había pronunciado desde el día de su iniciación en un acto de blasfemia tan exacerbado que no podía imaginarse ninguno peor. Deseó que Aertes estuviera allí; él siempre había sabido hacerle entrar en razón.